

El conductismo y el marxismo en Francia: El conductismo, Skinner, la izquierda y los otros.

Esteve Freixa i Baqué¹

Es muy posible que el lector de estas páginas, perteneciente a uno de esos países comunmente denominados "en vías de desarrollo", marcado por su ancestral complejo de inferioridad con respecto a los países "avanzados", considere la lejana Europa en general, y la mítica Francia en particular, como el paraíso absoluto en todos los ámbitos.

Si el lector pertenece además al microcosmos de la psicología, imagina, por vía de consecuencia, que París debe ser algo así como La Meca del saber psicológico. Y teniendo en cuenta que en la mayoría de esos países "tercer-mundistas" hasta las ratas (válgame la expresión) saben que la psicología es el estudio experimental de la conducta, se figuran que en la patria de Claude Bernard los niños recitan el manifiesto conductista de Watson casi al mismo tiempo que las tablas de multiplicar, y que en los Campos Elíseos los laboratorios de conducta florecen como las salas de espectáculos más o menos licenciosos.

Al autor de estas páginas, igualmente nativo de uno de esos países "atrasados", evidentemente acostumbrado a considerar que todo lo que viene de fuera debía ser forzosamente mejor que lo de su pobre, triste y desgraciada patria, se le presentó la ocasión de terminar sus estudios de psicología en la ciudad del Sena, algo así como si a un seminarista rural le ofreciesen la oportunidad de ingresar en la Curia Romana. Que el lector envidioso se tranquilice rápidamente: la desilusión fue de talla. Un par o tres de ejemplos bastarán para convencer al lector, probablemente incrédulo, de la exactitud de la afirmación precedente. -Y pido de antemano disculpas por el tono personal, casi intimista, de las páginas que siguen (y quizás de algunas más a lo largo de este trabajo) pero me es francamente difícil transcribir anécdotas personales (que considero sin embarco altamente reveladoras) bajo la forma de una tercera persona ("el autor. . .") o de un "nosotros" de cortesía.-

Como es de suponer, al llegar a París me precipité a las grandes librerías del Boulevard St. Michel para procurarme todo lo que siempre había querido saber sobre psicología científica sin jamás haber podido lograrlo, puesto que en mi país "sólo" disponía de colecciones como *Conducta Humana*, de la editorial Fontanella, *Psicología*, de la editorial Trillas, etc. Cuál no fué mi sorpresa al constatar, en la prestigiosa librería de la no menos prestigiosa editorial P.U.F. (Presses Universitaires de France) que, al lado de centenares y centenares de libros sobre el psicoanálisis en todas sus versiones, tendencias, escuelas y áreas de "aplicación", al lado de centenares y centenares de libros de psicopedagogía de todo tipo e inspiración (salvo científica, por supuesto), había sólo un reducidísimo número (un par de docenas como máximo) de libros de psicología experimental clásica —clásica y anciana— entre los cuales ocupa un lugar preponderante el viejo manual de P.Fraisse y J. Piaget publicado en 1963. Dato altamente significativo: la popular colección *Point*, de la gran editora *Seuil* clasifica los libros que publica en los siguientes apartados: Actualidad, Antropología, Arquitectura, Artes, Ciencias, Cine, Civilización, Demografía, Economía, Estética, Etnología, Filosofía, Geografía, Historia, Lingüística, Literatura, Poesía, Poética, Política, Psicoanálisis, Sociología, Teatro y Urbanismo. El lector puede comprobar que la rúbrica "Psicología" no existe, mientras que el psicoanálisis figura en esta lista. Sin comentarios. Pero no es esto lo más grave; *ni uno solo de los títulos* que los catálogos de las dos editoriales anteriormente citadas (Fontanella y Trillas) ofrecen a sus clientes se encuentra disponible en Francia, con la excepción, quizás, de algunos escritos de Pavlov. Obras tan elementales como *Psicología Experimental: enfoque metodológico*, de McGuigan, por no citar que un caso, son totalmente desconocidas no sólo de los estudiantes, sino también de los profesores de este país! Uno podría inocentemente pensar que la explicación de esta falta descomunal de traducciones radica en el hecho de que los franceses deben leer

perfectamente el inglés, pero esta explicación es completamente falsa: los estudiantes de psicología en Francia no leen inglés.

El caso de Skinner me parece paradigmático; su único libro publicado en Francia es *Más allá de la libertad y la dignidad* (Skinner, 1971). Cuando, hace algunos años, intenté (en balde) encontrar un editor francófono de *Walden Dos* (Skinner, 1948), todas las puertas se cerraron al proyecto, a pesar de haber conseguido del propio Skinner (manifiestamente molesto por el hecho de que su novela no hubiese sido traducida al francés) la promesa de que su editor ofrecería todo tipo de facilidades en la cesión de los derechos; Laffont, editor de la versión francesa de *Más allá de la libertad y la dignidad*, se permitió incluso, por boca de uno de sus altos cargos, la increíble respuesta que transcribo:

Le agradezco su carta del 25 de mayo de 1979 en la que Ud. me proponía editar en francés la novela utópica de Skinner, *Walden Two*.

Independientemente de las controversias ideológicas a las que Ud. hace alusión en su carta, puedo afirmarle que nuestra editorial, que ya publicó el libro de Skinner *Más allá de la libertad y la dignidad*, estudió la posibilidad de publicar *Walden Two* hace ya varios años. Renunciamos a ello a causa del carácter poco "novelesco" del libro por un lado y, sobre todo, por otro lado, a causa del absoluto fracaso que sufrió la precedente obra de Skinner.

Releí personalmente, hace algunos años, *Walden Two* pensando que podría quizás integrarlo en mi colección *Ailleurs et Demain*. Pero debo confesar que, después de un profundo examen, renuncié a dicho proyecto a la vez por razones propiamente literarias y -aunque le sorprenda- por razones científicas. Me permito evocar este último punto en la medida en que, aunque ya no ejerza, soy un antiguo alumno del Instituto de Psicología, concretamente, diplomado en psicología aplicada.

Estoy de acuerdo con Ud. en que la controversia sobre los trabajos de Skinner se halla contaminada por prejuicios muy diversos. Pero dado que nuestra editorial no tiene una vocación científica, no nos corresponde animar un debate entre especialistas, debate que no tendría un interés inmediato para el gran público.

Deseándole buena suerte en su empresa y lamentando no poder ayudarle. . . . etc., etc., etc.

Sin comentarios. Solamente añadir el hecho de que la versión francesa de *Más allá de la libertad y la dignidad* se halla agotada (yo mismo no pude procurarme un ejemplar) y, a juzgar por las vehementes críticas que suscitó (volveremos sobre el particular más adelante) fue leída (aunque fuese en diagonal) por buen número de personas. Esta es la situación que Laffont editor considera como "un absoluto fracaso".

Y esto es todo lo que Francia sabría de Skinner si no fuese por Marc Richelle (el Ramón Bayés francófono), quien, desde su Bélgica natal, y a pesar de las reticencias de su editor², logró introducir en la prestigiosa colección de psicología que dirige, dos títulos de Skinner: *The technology of teaching* (1968) y *Contingencies of reinforcement* (1969). Recientemente, una editorial suíza ha publicado *About behaviorism* (1974); y eso es todo.

Libros de tanta importancia como *Science and human behavior* (1953) —por no citar más que uno— no son accesibles al público francófono.

Ni que decir tiene que cualquier alumno de psicología de cualquier de nuestros "atrasados" países tiene acceso a una masa inmensa de buena literatura de psicología científica en general, y conductista en particular, de la que el estudiante francés se halla completamente privado.

La segunda anécdota me parece constituir otro buen ejemplo de la desastrosa situación del conductismo en Francia.

Mi director de tesis en París (autor de un manual de psicología traducido y famoso en nuestras

² Como lo muestra la dedicatoria de uno de sus libros (*B.F. Skinner o el peligro conductista*): "a Charles Dessart, gracias al cual Skinner entró en el ámbito francés, con el amistoso ánimo de persuadirle". (Richelle, 1977). A propósito de este libro, Richelle me contaba que había escogido este título porque sugería que el autor estaba en contra del conductismo y que así la gente lo compraría más, y una vez comprado se daría cuenta de que, al contrario, está leyendo una defensa acérrima de Skinner. Y, según me confesó, había incluso proyectado realizar una verificación empírica de su intuición: publicar el mismo libro bajo dos títulos diferentes; el que hemos citado, que deja suponer una hostilidad hacia Skinner, y otro que correspondiese mejor al contenido, es decir, dejando translucir su posición pro-conductista, y comparar al cabo de un cierto tiempo el volumen de venta de ambos. Al parecer, Dessart no aprobó tan inusual experiencia científico-comercial.

latitudes, psiquiatra de rango internacional, miembro del equipo que utilizó por primera vez un neuroléptico -una personalidad histórica, en suma- me pidió si podía corregirle la versión castellana de una obra suya de divulgación destinada a una amplia difusión. Aparte algunas imperfecciones menores del lenguaje, me sorprendió leer: *refuerzo positivo o recompensa, refuerzo negativo o castigo*. Confundir refuerzo negativo y castigo me pareció bastante grave (durante mis estudios, cuántas veces se nos había exhortado a distinguirlos bien, hasta el punto que la pregunta: diferencias entre refuerzo negativo y castigo, era un "clásico" de los exámenes finales) pero no sabía cómo señalar este error a tan importante personaje, siendo yo un simple alumno, extranjero para colmo (las relaciones jerárquicas en Francia son de una rigidez difícil de imaginar para quien no las ha "sufrido en su carne"). Consulté a mi alrededor sobre la forma que debía adoptar para indicarle su confusión sin herir su amor propio, y mis colegas me preguntaron si estaba seguro de lo que decía. Para mayor seguridad, me buscaron los escritos de las autoridades francesas en la materia, y cuál no fue mi sorpresa al descubrir que en todas partes, tanto en los manuales como en los libros especializados, el castigo era considerado como sinónimo de refuerzo negativo.

A pesar de los consejos de mi entorno en sentido contrario, creí que era mi deber informar al profesor que había cometido un "pequeño desliz", Evidentemente, no me prestó atención, y de manera muy cortés y amistosa, sin tomarlo mal (las cosas como sean) me dijo que no tenía importancia y que lo publicaría tal cual, a pesar de haberle advertido que el público castellanoparlante conocía bien estas definiciones.

Aquél mismo día, en vistas de que nadie parecía dispuesto a considerar que un simple estudiante extranjero pudiese tener razón frente a las autoridades locales en la materia, decidí que no abandonaría hasta obtener satisfacción, es decir, hasta obtener la publicación de un artículo poniendo los puntos sobre las íes en la prestigiosa revista *L'année Psychologique*, que es, para los psicólogos experimentales (clásicos) franceses, una especie de biblia.

Tardé varios años en conseguir este resultado (Freixa i Baqué, 1981), y guardo escrupulosamente toda la correspondencia mantenida con Paul Fraisse, director de la revista, desde su primer "no" hasta su aceptación final (gracias, en parte, a Richelle), así como la correspondencia mantenida con las autoridades científicas locales en la materia, a las que había sometido previamente mi artículo (todos ellos se mostraron favorables a su publicación, pero ninguno ha modificado su respectivo manual a pesar de haberlo reeditado posteriormente. También conservo la carta de un conocido profesor de psicofisiología quien, manifiestamente molesto, me trata de "dador de lecciones". En Francia, sociedad increíblemente jerarquizada, y en psicología sobre todo, el argumento de autoridad sigue tan en vigor como en la época de Galileo.

Las dos anécdotas que acabo de relatar me parecen fuertemente relacionadas: por un lado no se traduce ni se lee a los clásicos; por otro lado se cometen errores elementales.

A estas alturas, el lector se preguntará sin duda cómo es posible que se haya llegado a tal situación en un país que, en la mayoría de los otros terrenos, no puede ni compararse con los nuestros.

Como mínimo, tres factores nos parecen poder explicar este estado de hecho.

En primer lugar, el peso de la historia y de la tradición en el campo de la psicología francesa. Consideramos la larga cita siguiente como un excelente resumen de la cuestión.

La psicología experimental alemana tomó su impulso en la segunda mitad del siglo XIX a partir de los datos obtenidos por la psicofísica y la psicofisiología. En Francia, un poco más tarde, en el último cuarto del siglo XIX, el punto de apoyo es diferente; los primeros experimentalistas, o únicamente teóricos de la experimentación, se inspiraron de la psicopatología. Para entender esta orientación es necesario tener en cuenta el hecho que, durante toda la primera parte del siglo XIX, la filosofía francesa, heredera a la vez del sensualismo de Condillac, del mecanicismo de La Mettrie, y, por lo que concierne más especialmente a la psicología, del "intimismo" de Maine de Biran, profesa un eclecticismo cuya inspiración espiritualista es tomada a la escuela escocesa de Reid. Este eclecticismo condena la psicología a no ser más que un sector particular de la filosofía de la mente consagrado al estudio de los hechos de la conciencia con una perspectiva moral. Una tal tendencia, retomada ulteriormente por Bergson, crea una tradición universitaria muy poco favorable al nacimiento de una psicología de inspiración científica.

Sin embargo, durante el mismo período, la neuropatología hace en Francia progresos impresionantes. Dos áreas de investigación se desarrollaron particularmente: la de las afecciones mentales, con Charcot, Pinel y Esquirol, y la de los trastornos del lenguaje, con Broca, Baillarger y Treusseau. (Chateau, 1977; pp. 234-235).

Y también:

Si la psicología experimental alemana nació del encuentro de ideas filosóficas y de problemas psicofisiológicos; si la psicología científica inglesa se constituyó a partir del impulso evolucionista y de los problemas psicológicos que suscitaba, la psicología francesa se injertó en la psicopatología interpretada por filósofos. (Fraisse, 1963; pp. 31-32).

En efecto, la neuropatología y la psiquiatría francesa ocuparon un rango de primer orden durante el siglo XIX y los principios del siglo XX, marcando definitivamente la tendencia "clínica" que caracteriza a la psicología francesa actual. Sería falso sin embargo concluir que la psicología científica, experimental, (primer paso hacia la "revolución" conductista) no existió nunca en Francia. Como lo veremos más adelante, la patria de Descartes tuvo sus eminentes psicólogos científicos, que, de haber sido escuchados (y seguidos) hubiesen sin duda dado lugar al advenimiento del conductismo. Fraisse (1970), en un artículo publicado en el *Journal of the History of the Behavioral Sciences* (y citamos el nombre de la revista para mostrar el carácter que el autor quiso dar a su escrito) y cuyo título (traducido) es nada más ni nada menos que "Orígenes franceses de la psicología de la conducta: la contribución de Henri Piéron", afirma incluso que el verdadero fundador del conductismo no fué Watson sino Piéron³, puesto que desde 1907-1908, o sea, varios años antes de la publicación del "manifiesto conductista" de Watson (Watson, 1913), defendió que :

Es pues una tercera concepción del psiquismo que debemos adoptar, concepción puramente objetiva esta vez, y que permita a la psicología ocupar el lugar que le corresponde entre las ciencias biológicas. (Este lugar, la psicología lo ha conquistado en América, donde el peso de la tradición no es tan grande, y donde la gente no entiende que en Francia sea necesario vencer tantas resistencias para llegar a un resultado que les parece tan natural desde el otro lado del Atlántico.)

Esta concepción, que se desprende de las tendencias contemporáneas, no aparece todavía con nitidez porque el apasionante problema de la conciencia se impone, a pesar de ellas, a la mayor parte de las mentes que intentan vanamente liberarse de las trabas de la filosofía. Y sin embargo es posible, tanto como necesario, no negar, pero sí ignorar la conciencia en las investigaciones evolutivas sobre el psiquismo de los organismos.

Pero si estas investigaciones no se ocupan de la conciencia, ¿de qué se ocuparán que no sea ya estudiado por la fisiología? Se ocuparán de la *actividad* de los seres y de sus relaciones sensoriomotrices con el medio ambiente, de lo que los americanos llaman "the behavior", los alemanes "das verhalten", los italianos "lo comportamiento", y de lo que tenemos derecho a llamar "*la conducta*" de los organismos. (Piéron, 1908; republicado en Piéron, 1958; p.4).

Fraisse (1970) considera además que;

Sus ideas fueron avanzadas en su tiempo y en las décadas que siguieron. Treinta años fueron necesarios al conductismo y al neoconductismo para alcanzar las posiciones que eran ya las suyas en 1907. (Fraisse, 1970; p.119).

Volveremos sobre la obra de Piéron más adelante.

Pero el olor de "chauvinismo" que se desprende del artículo de Fraisse -en una interesantísima respuesta a dicho artículo, Littman (1971) dice textualmente: "Es deplorable, aunque comprensible, que el profesor Fraisse haya situado la aportación de este hombre distinguido [Piéron] en un trasfondo de orgullo nacional" (p. 261)-nos sirve de transición para exponer lo que, a nuestro juicio, constituye el segundo factor explicativo de la situación actual del conductismo en Francia.

³ Señalando además que el conductismo de Piéron no cae en el extremismo watsoniano y citando la célebre frase de Piéron: "Desde los comienzos de la formación de mi pensamiento, había renunciado al estudio subjetivo de los fenómenos de la conciencia, y había afirmado la validez de esta ciencia biológica de las conductas del hombre y de los animales que era, a mis ojos, la psicología, en un momento en que aún no se repandía este "conductismo" psicológico que Watson declara específicamente americano, y que no tiene de específico más que sus exageraciones a menudo pueriles". Piéron, 1958; p. VIII). Como el lector puede apreciar, el "conductismo" nace en Francia distanciándose de Watson. Más adelante veremos que esta tendencia a "estar de vuelta" del conductismo sin jamás haber realizado el viaje de ida es una constante de la psicología francesa.

De la misma manera que los nostálgicos del Siglo de Oro parecen no haberse enterado de que en Flandes se ha puesto el sol, que España perdió hace ya muchos años Cuba y las Filipinas; al igual que los aristócratas arruinados fingen no haber perdido su rango y desprecian a esos nuevos ricos, llamados, despectivamente, burgueses, que ocupan, en realidad, los centros de poder que ellos perdieron, así la psicopatología y la psiquiatría francesas, máximas expresiones de la gloriosa psicología francesa de hace un siglo, no han querido reconocer la importancia creciente de la nueva psicología experimental en general y del conductismo en particular, y continúan creyéndose en cabeza del progreso.

Contrariamente a nuestros países que, conscientes del modesto papel que representan en la producción del saber psicológico, traducen sistemáticamente las obras importantes que aparecen en las cuatro partes del mundo, los franceses se consideran autosuficientes y siguen viviendo de los laureles de antaño, de espaldas a la realidad. Ya hemos hablado de la inexistencia de traducciones, pero el problema es más profundo aún: una especie de "gaullismo" (grandeza de la patria e independencia respecto a los americanos) parece haberse extendido a la psicología, y todo lo que viene de los Estados Unidos es sospechoso (la rivalidad entre Francia y los Anglosajones es, como el lector sabrá, ancestral).

Permítasenos una nueva (pero corta) anécdota de tipo personal para ilustrar esta actitud. Una persona que conozco particularmente bien presentó, bajo mi instigación, una pequeña tesina⁴ teórica sobre las aportaciones del análisis y modificación de la conducta al tratamiento de niños mongólicos, a partir de los trabajos del equipo de la Dra. Dimitriev en la Universidad de Washington (cf. un resumen de dichos trabajos en Bayés, 1978). Durante la defensa de la tesina, el tribunal acusó a la candidata de querer introducir en Francia técnicas americanas, de pretender americanizar la sociedad francesa, y emitió sus dudas respecto a saber si lo que es eficaz para los mongólicos americanos sería eficaz con los mongólicos franceses!!!

Y así pasamos del "chauvinismo" francés al tercer factor causante del estado actual del conductismo en este país: los prejuicios ideológicos de la "inteligentia" francesa.

Efectivamente, los intelectuales franceses -y sobre todo si son de izquierdas- alimentan una verdadera neurosis fóbica respecto a la ciencia y a la tecnología en general y a la psicología conductista en particular, en nombre de la sacrosanta "libertad y dignidad" humanas, valores máximos de su humanismo malentendido. Si en los siglos XVIII y XIX la ciencia representaba el progreso, la liberación, las luces (no olvidemos el papel preponderante de los enciclopedistas en la Revolución Francesa), desde hace unos años, todos los males que nos aquejan proceden de la "dominación" de la ciencia y la tecnología sobre nuestras sociedades, la energía nuclear representando el ejemplo paradigmático de dichas amenazas. Existe una amplia literatura defendiendo estas tesis (cf. Habermas, 1968; Jaubert y Lévy-Leblond, 1975; Thuillier, 1979, 1981; etc.)

Por otro lado, y dejando quizás aparte el caso de Argentina, no existe, a nuestro juicio, ningún otro país tan marcado por el psicoanálisis como Francia. El lector debe saber que, desde hace tiempo, el psicoanálisis ha desbordado completamente el ámbito concreto de la psicología para impregnar completamente la casi-totalidad de los aspectos de la cultura francesa, desde la crítica literaria o cinematográfica hasta la arquitectura (la Torre Eiffel, símbolo fálico de los franceses, contra el cual se insurge el Movimiento de Liberación de la Mujer) pasando por el lenguaje cotidiano del hombre y la mujer de la calle y por la interpretación psicoanalítica de los cuentos de hadas (Bettelheim, 1976) o de los Evangelios (Dolto, 1977).

No es exagerado afirmar, como lo hace el sociólogo Castel (1973) que el psicoanálisis se ha convertido en la ideología dominante de la sociedad francesa. Mil ejemplos de la vida cotidiana corroboran totalmente tal afirmación, y el autor de estas páginas queda a la disposición de cualquier lector escéptico o deseoso de conocer más detalles sobre el particular. Y para muestra, un botón.

En un libro de bolsillo titulado *20 tests para conocerse* (Gauquelin y Gauquelin, 1974) figura un test cuyo título general es: "¿está Ud. de acuerdo consigo mismo?". El ítem no. 44 de dicho test está redactado de la forma siguiente:

¿Qué piensa Ud. del psicoanálisis?

- a) es una moda que pasará
- b) es un instrumento maravilloso para conocerse verdaderamente
- c) no lo conozco suficientemente como para tener una opinión al respecto. (Gauquelin y Gauquelin, 1974; p. 15).

Alguien que conozca suficientemente el psicoanálisis como para tener una opinión formada al

⁴ De hecho, se trata de un trabajo presentado para obtener el grado de consejero de orientación dispensado por el INOP, organismo del que hablaremos al evocar la biografía deierre Naville.

respecto, y cuya opinión no es precisamente que el psicoanálisis es un instrumento maravilloso para conocerse verdaderamente, no puede más que escoger la primera opción (incluso si duda de que la moda pase rápidamente, por desgracia), lo que le vale, en el momento de tabular las respuestas (pp. 23-25) la apreciación, para este ítem, de que no está de acuerdo consigo mismo. Nos gustaría conocer los métodos psicométricos que han permitido establecer tal tabulación y llegar a tal conclusión.

Permítasenos un segundo botón de muestra.

En la biblioteca de un experto contable que conocemos figuraba un libro titulado *Psicoanálisis de los bancos* (Lauredon, 1965). El título nos sorprendió (conocíamos, como hemos visto, psicoanálisis de casi todo, pero todavía no de los establecimientos bancarios) y el hojear el libro en cuestión nos dimos cuenta de que era sencillamente una divulgación, para principiantes, de los mecanismos de sistema bancario. Quien dice mecanismos dice funcionamiento interno, y quien dice funcionamiento interno dice psicoanálisis. ¡Elemental, querido Watson! -el otro Watson, claro-. Si el libro hubiese sido escrito en la época en que el descubrimiento del efecto Roentgen (los rayos X) causaba furor, el libro se hubiese seguramente llamado *Radiografía de los bancos*. Cada loco son su tema y cada época con sus metáforas.

(Unas semanas después de haber escrito estas líneas, recibí un libro que había encargado hacía algún tiempo. El lector comprenderá enseguida por qué me permito añadir, así, entre paréntesis, una tan larga cita -incluir una nota en pie de página hubiese sido más lógico, pero la extensión del texto lo impide-. Y es que, en realidad, no podía haber encontrado un escrito que corroborase mejor mis afirmaciones precedentes; no citarlo hubiese sido una verdadera lástima; así es que, pidiendo mil disculpas por algunas redundancias que existen entre ambos escritos —el del autor que cito y el de un servidor— me decido a transcribir las páginas que siguen.

Actualmente, el centro más importante del psicoanálisis ya no es Manhattan: es París. En 1975, hay aproximadamente 300 analistas en Nueva York y 560 en la capital francesa (cf. la revista *Critique* -ed. Minuit- 1975, 333; pp. 120, 124, 174). El psicoanálisis ha encontrado su nueva patria de elección en Francia. Diríase que se ha implantado en ella con tanta fuerza como lenta fué la incubación.

Hubo que esperar hasta 1911 -el año de la fundación de la Asociación Americana de Psicoanálisis- para que apareciera en Francia un primer pequeño artículo sobre el psicoanálisis. Publicado en la *Gazette des Hôpitaux*, es debido a R. Morichau-Beauchant, de Poitiers. El "chauvinismo" y el hecho de que los franceses tienen sus propios exploradores de inconsciente (en particular, P. Janet) podrían explicar quizás la lentitud de la difusión del freudismo en el hexágono.

En 1914, E. Régis y A. Hesnard publican en París el primer tratado psicoanalítico francés: *Psychanalyse des névroses et des psychoses*. Los años de guerra son poco propicios al desarrollo de esta nueva disciplina *made in germany*.

En 1921, llega a París una ferviente alumna de Freud: Eugenia Sokolnicka. Poseedora de un celo apostólico poco común, consigue convencer no sólo a ciertos hombres de letras, sino también ciertos médicos. E. Pichón y R. Laforgue se someten a un análisis didáctico bajo su dirección y publican en 1923 un artículo en *Le Progrès Medical*. La "Sociedad Psicoanalítica de París" es creada en 1926, o sea, 15 años después de la fundación de la Asociación Americana. Laforgue es el presidente y Sokolnicka vice-presidente. Figuran en ella los nombres de Hesnard, Pichón, Loewenstein, M. Bonaparte.

En 1928, el filósofo Alain escribe: "El inconsciente es de etiqueta para cenar en la ciudad, como el traje de gala" (I 31). En la misma época, Freud constata que en Francia el interés por el psicoanálisis es más vivo en los círculos literarios que entre los científicos (X 73, nota de 1923). Esta observación sigue vigente hoy en día, pero hay que reconocer que en el país de Descartes, el psicoanálisis se ha infiltrado por todas partes. El psicoanálisis permite brillar en los cocktails. Se le encuentra tanto en los periódicos populares como en las tesis de agregado. Se discute en las universidades y en las peluquerías. Como lo dice Pontalis: "Más que una teoría que hubiese logrado vulgarizarse mejor que otra, el psicoanálisis se está convirtiendo algo así como en un mito colectivo (Pontalis, J. B.: *Après Freud*. Juillard, París 1965, p. 107) Esta declaración es confirmada por la encuesta que Serge Moscovici ha realizado, en los años 50, sobre la difusión del psicoanálisis en Francia (Moscovici, S.: *La psychanalyse, son image et son public*. Presses Universitaires de France, París 1961; 2a. ed., 1976).

A partir del análisis de aproximadamente 1500 artículos aparecidos en más de 200 periódicos no especializados, Moscovici escribe que "la prensa, el cine, la radio permiten en Francia una penetración masiva del psicoanálisis que no traduce solamente un interés hacia él sino también una propensión a propagarlo" (p. 92). En 64 números de la revista *Elle*,

encuentra 63 artículos que se refieren, de cerca o de lejos, al psicoanálisis. El psicoanálisis es aconsejado contra las afecciones más diversas: migrañas, desórdenes digestivos, dismenorreas.

Moscovici ha interrogado a una muestra representativa de la población parisina (aproximadamente 2000 personas) acerca de sus conocimientos sobre el psicoanálisis, acerca de sus actitudes respecto a él. Ha constatado que, por lo menos en ciertas capas de la población, el psicoanálisis se ha convertido en un tema de conversación banal. Las nociones-clave del psicoanálisis -inconsciente, represión, complejo- forman parte del lenguaje corriente. Los insultos tradicionales son substituidos por las etiquetas: *acomplejado, reprimido, sádico, paranoico*, o por un condescendiente "debería Ud. hacerse psicoanalizar". . . El psicoanálisis no es solamente una cosa de la cual se habla: actúa como un conjunto de esquemas *a través* de los cuales uno se expresa. Se ha instalado en el lenguaje y ha transformado la sensibilidad.

Evocando los dos decenios que han pasado después de su encuesta de 1955, Moscovici escribe en la segunda edición de su libro: "Durante estos años, el hecho es patente, el psicoanálisis se ha difundido en Francia, ha adquirido una posición dominante sin equivalente en ningún otro país. Ni siquiera en los Estados Unidos." (p. 481). Los hijos de Freud no se han contentado con quedarse apaciblemente sentados en sus butacas: han ocupado sistemáticamente los asilos, las prisiones, las escuelas, las universidades, los conventos. . . Algunos de ellos se han convertido en "vedettes" del Saber y, en consecuencia, de la pequeña pantalla. Todos los grandes editores publican colecciones y revistas de psicoanálisis. A título de ejemplo: en 1978, las ediciones Tchou lanzan al mercado: *Los grandes descubrimientos del psicoanálisis*, en 15 volúmenes (y, en 12 volúmenes, *Los signos del Zodíaco*. . .). El psicoanálisis se vende bien y hace vender. La mayor parte de los editores se guarda evidentemente de publicar un trabajo que venga a poner en peligro seriamente este enorme *business*.

Todos los observadores están de acuerdo en reconocer el sorprendente poder del psicoanálisis en la Francia contemporánea. El sociólogo Robert Castel señala: "El psicoanálisis es la ideología por excelencia de hoy en día (más modestamente, de hoy-en-día-en-Francia-en-los-medios-intelectuales-"progresistas")". (Castel, 1973; p. 258). Más recientemente, Roland Jaccard, periodista de *Le Monde*, declara: "Francia fué durante mucho tiempo una tierra hostil al psicoanálisis; la Universidad lo consideraba como una "psicología de mono" y la medicina como una terapia dudosa. Si la sociedad Psicoanalítica de París fue fundada hace casi medio siglo, el prodigioso impulso que conoce el pensamiento freudiano no tiene más de diez años: paradójicamente, mientras que en los Estados Unidos, como en la mayor parte de los países industrializados, se asiste a un reflujo del psicoanálisis, la influencia que ejerce en Francia tanto sobre la psiquiatría como sobre la filosofía o la literatura no cesa de crecer." {*Le Monde*, 3-11-1977).

París se ha convertido en la Meca del psicoanálisis. (VanRillaer, 1980; pp. 19-20).

No es pues de extrañar que una sociedad en la que el psicoanálisis se ha infiltrado hasta en los más profundos rincones de su estructura, considere el conductismo como la encarnación misma del Mal absoluto y lo combata ardorosamente. El lector encontrará en la introducción del libro de Richelle anteriormente citado (Richelle, 1977), así como en la del libro de Dorna y Méndez (1979), una considerable compilación de frases críticas que diferentes personalidades de la intelectualidad francesa han destinado al conductismo, entre las que sobresale el famoso "¿Somos ratas?" del propio Moscovici (!).

Permítasenos a continuación presentar una breve selección de las frases más recientes a fin de poner al día el "catálogo" publicado por dichos autores.

Se puede desconfiar de una psicofarmacología triunfante; se puede temer una psicocirugía que saliese de sus límites; pero no se puede hacer otra cosa más que luchar contra una teoría y una práctica que, partiendo del conductismo anodino, pueden llegar a reglamentar toda nuestra vida y cuya finalidad declarada es precisamente ésta. (Bensaid, 1976; p.71).

La clase dominante necesita ahora, para *durar*, gobernar científicamente; y la "ciencia" del poder le enseña que hay que tener cuenta del pasado, hacer sacrificios, renunciar a castigar, consentir a recompensar. Encontrará, en las capas más "progresistas", los apoyos necesarios para esta política de concesiones, de "reformas". El impulso de la terapia conductista en Francia (existe, desde 1972, una Asociación Francesa de Terapia Conductista compuesta por 110 miembros) y en los países de Europa en los que esta nueva

burguesía tiene el poder es un índice revelador de ello. Es necesario pues ser consciente de la importancia de este movimiento y de su impacto. El éxito de la terapia conductista no es ni una casualidad, ni un epifenómeno; participa directamente del esfuerzo de la clase dominante para instalar este liberalismo de fachada, el único susceptible de retrasar la irrupción de la historia. De la misma manera que la lobotomía era, en psiquiatría, el arma de la derecha fascista (la paternidad de esta práctica recae principalmente sobre A.E. Moniz y A. Lima, médicos portugueses bajo la dictadura de Salazar en los años 30-40; ¿casualidad?), ¿no podría afirmarse que la terapia conductista es esta lobotomía suave, la única capaz de no ensombrecer la preciosa fachada? La burguesía cuenta para ello con sólidos aliados, con consejeros calificados. La última frase de *Más allá de la libertad y la dignidad* nos avisa: "Aún no hemos visto lo que el hombre es capaz de hacer del hombre". Esto suena como una amenaza. Hay que tomarla en serio. (Parot-Locatelli, 1978; p. 14).

Señalemos de paso que argumentos similares habían sido esgrimidos en los años 40 contra el psicoanálisis por un grupo de psiquiatras marxistas del que hablaremos más adelante. No deja de ser sin embargo curioso que dos corrientes tan opuestas como el psicoanálisis y el conductismo reciban el mismo tipo de críticas, proviniendo de la izquierda, con 30 años de diferencia. El lector sacará sus propias conclusiones. Pero no podemos impedirnos de señalar la vieja figura de retórica utilizada por Parot-Locatelli y que consiste en exagerar la importancia de las fuerzas enemigas para enardecer mejor sus propias tropas y llevarlas al combate. Cualquier conductista de cualquiera de nuestros países se moriría de risa si conociera de cerca a la mayor parte de los miembros de la Asociación Francesa de Terapia Conductista, psiquiatras la mayor parte de ellos, que, sin prácticamente ninguna base teórica ni práctica, han incorporado algunas de las "recetas" de la terapia conductista a su ecléctico arsenal "terapéutico", del mismo modo que integrarían una invocación a la Virgen de Lourdes si ello se pusiese más o menos de moda. Cuando uno habla un poco con ellos del asunto, nos confiesan que son totalmente hostiles al conductismo, y que una cosa es aplicar "ciertas técnicas que en ciertos casos pueden ser eficaces", y otra cosa muy distinta es comulgar con la ciencia de base que las sustenta, del mismo modo que la hipócrita Curia Romana en tiempos de Galileo toleraba los mapas de navegación derivados de su teoría (el comercio marítimo producía buenos dividendos) al mismo tiempo que condenaba oficialmente las tesis de Galileo. El eclecticismo de los miembros de la Sociedad Francesa de Terapia Conductista es tal que buen número de ellos practica igualmente el psicoanálisis y hay quien concilia cargos directivos en esta asociación y en los círculos psicoanalíticos.

Pero continuemos con nuestras citas.

La preocupación del enderezamiento, es decir, del mantenimiento de la norma, o, en otros términos, del orden, es, sin ninguna duda posible, la motivación esencial de estos "terapeutas eficaces" que son los conductistas. El control y el dominio encuentran en ellos unos agentes discretos, unos peritos cuya mentalidad "de color científica" no pelagra con ensombrecer la preciosa fachada del ambiente liberal. Así, Skinner recomienda, en materia de control, el método que resulta ser el más poderoso y el menos comprometedor a la vez: el autocontrol. El individuo, no pudiendo entonces identificar el origen del control, no se rebelará contra la autoridad. El proyecto que consiste en manipular al individuo para que se manipule él mismo no es nuevo. Pero hoy se dispone para ello de técnicas "científicas" (y de medios políticos). Así esos pequeños aparatos recientemente realizados, del tamaño de un paquete de cigarrillos y que permiten al enfermo (el obeso, el homosexual, el fumador, etc.) administrarse a sí mismo una descarga eléctrica cuando la tentación se presenta. . . (Parot-Locatelli, 1979; pp. 385-386).

Burrhus Frederic Skinner es un hombre de orden. Detesta la delincuencia, la droga y la anarquía que reinan en los campus y en las grandes ciudades americanas. (...) Siempre hay algo de inquietante en los hombres tan profundamente imbuidos de sus ideas. Skinner está persuadido de ser un genio, convencido de que su obra representa un hito importante en la historia de la humanidad. Y no podemos desechar esta obra con un simple gesto de desprecio (...) puesto que no hace más que desarrollar hasta el absurdo, hasta la utopía, una cierta lógica de la civilización industrial occidental. Aquella lógica que creía que el progreso material conllevaría automáticamente la felicidad y la virtud, que se imagina todavía que a todas las preguntas que se formulan los hombres se puede hallar una respuesta técnica. . .

(...) Sin duda no hay que contar con Skinner para hacer virtuosos los hombres. Pero hay en su obra todo lo necesario para hacerles amar el mundo que se les impone. Y es por esto que el problema que plantea es grave. Quizás no sea posible construir el mundo

perfecto con el que sueña. Pero, con un poco de imaginación y de buena voluntad, se puede efectivamente construir un mundo enguantado, climatizado, donde nada contraría ni disgusta, donde las puertas se abran solas cuando uno se les acerca, donde el maná caiga del cielo en el momento en que uno empieza a sentir hambre. En cierto modo, ya se ha empezado. Pero los hombres que habitarán este universo, ¿serán todavía enteramente hombres? ¿Encontrarán todavía en ellos mismos, como sus antepasados, el coraje de tomar sus responsabilidades, este coraje que nadie jamás se habrá molestado en reforzar? ¿Qué ocurriría con las ratas de Skinner si le diese por soltarlas en plena naturaleza? ¿Serían aún capaces de encontrar por sí solas su sustento? Su propia hija, cuando dejó el hogar familiar a los diecisiete años para entrar en la universidad, cuando tuvo que empezar a vivir por sí sola y pensar en el porvenir, cayó en una depresión nerviosa que duró seis meses. (Bonnot, 1979; p. 52-53).

Demasiado a menudo [todos los que, siguiendo la huella de los Renán, los Haeckel, los Pearson, los Berthelot, los Loeb y los Wiison propagan con celo el culto cientista] guardan un silencio prudente respecto a las consecuencias de sus grandes principios. Felizmente, hay algunas excepciones. Así, el psicólogo americano Skinner declara explícitamente que se trata de conducir a la humanidad "*más allá de la libertad y de la dignidad*" (es el título de uno de sus libros). En resumen, la humanidad renunciaría a todas las ilusiones que implican las nociones de "persona" y de "libertad". En la perspectiva de un "realismo" (o "materialismo") integral, la humanidad organizaría metódicamente la satisfacción de sus necesidades vitales elementales. Así se operaría, gracias a la "psicología de la conducta" una verdadera revolución cultural. Los viejos valores serían destruidos, y la felicidad humana (si acaso puede hablarse así) sería gestionada según las normas estrictas de la positividad. Es una alternativa posible -y que Skinner, al menos, tiene el coraje de presentar sin disimulo-. Puede lamentarse el hecho de que otros, menos perspicaces o más hipócritas, olviden decirnos a donde conduce el camino que nos aconsejan tomar. El viejo Goethe había, en todo caso, visto el problema: "No se imagina uno todo lo que de muerte y de mortífero hay en las ciencias". (Thuillier, 1981; p.113).

En este libro [*Más allá de la libertad y la dignidad*] Skinner pretende demostrar que las ideas de libertad personal, independencia, dignidad, no han producido hasta hoy nada útil para la felicidad de la humanidad. (...) El mal proviene, según Skinner, de que no se quiere considerar al hombre como lo que es: el producto casi exclusivo de su ambiente (Skinner coloca los genes entre paréntesis). Si nos concentrásemos sobre los medios de mejorar el ambiente, obtendríamos resultados mucho más rápidos. Sólo una falsa concepción de la libertad nos lo impide.

(...) Si la ciencia es este monstruo sin alma que priva al hombre de independencia y trata su libertad como una ilusión, si nada tiene sentido en la vida, es necesario, para preservar el deseo de vivir, *suprimir sencillamente y llanamente la ciencia*, puesto que ella conduce a la muerte de la persona humana; es una conclusión que muchos han adoptado ya. ¿Es un mito la supresión de la ciencia? No lo sé; pero su parálisis casi total es muy fácil de obtener (véase el ejemplo de la China durante la llamada revolución cultural). Recordemos que la ciencia no es y no será jamás más que hecho de una minoría de iniciados. El resto del mundo no se interesa en absoluto por la ciencia sino por los progresos tecnológicos, que es todo un otro asunto. . . Y ya se empieza a reprochar a las máquinas que estorban la vida humana más bien que la favorecen. Una reducción considerable de los presupuestos destinados a la investigación no levantaría ningún movimiento popular.

Nuestra posición es pues terriblemente frágil. Nadie nos defenderá si el público empieza a odiarnos. Los excesos verbales provocados por el afán de poder no tienen nada que ver con la ciencia misma, sino con los defectos personales de ciertos científicos. Pero nos ponen a todos en peligro. (Chauvin, 1981; pp. 167-169).

A nuestro juicio, los párrafos anteriores son suficientemente elocuentes como para no dejar lugar a dudas sobre la desconfianza que la ciencia en general y conductismo en particular inspiran a los intelectuales franceses.

Anteriormente hemos afirmado que los detractores más acérrimos del conductismo se reclutaban en

el campo de la izquierda. Tal aserto merece algunos comentarios.

Históricamente, la izquierda correspondía a las fuerzas progresivas luchando por la emancipación de la humanidad de toda forma de dominación, incluyendo la tiranía de la naturaleza; la ciencia, en la medida en que permitía comprender y modificar la naturaleza, era, objetivamente, una aliada preciosa. Si, por añadidura, la nueva visión del mundo que la ciencia conllevaba contribuía a desprestigiar los dogmas teológicos imperantes y a debilitar los sistemas políticos asentados en ellos, no había la menor duda que ciencia y progreso no eran más que las dos caras de una misma moneda. Así pues, la izquierda adoptó totalmente la visión del mundo que la ciencia, agente liberador, generaba, y abrazó sin reservas el materialismo monista.

Pero la ciencia, en aquéllas épocas, se ocupaba solamente de la naturaleza, no de las personas⁵; el estudio de los seres humanos era materia de la filosofía. El divorcio comenzó cuando la ciencia empezó a ocuparse de la conducta, con todo lo que ello supone (aceptación del determinismo, etc. etc.) de oposición filosófica y tradicional de la conducta. A partir de entonces, cuando la ciencia aplicada al hombre apareció no como liberadora sino como restrictiva del libre albedrío; cuando incluso las ciencias de la naturaleza empezaron a desarrollar tecnologías consideradas como peligrosas (energía nuclear, manipulaciones genéticas, etc.) la izquierda prefirió la visión filosófica, mucho más reforzante para la especie humana, a la visión científica de la conducta. La izquierda llama a esta posición de repliegue "humanismo", término, en efecto, más tranquilizador que determinados vocablos científicos. Así, en la actualidad, se ha llegado a una situación que casi nos atreveríamos a catalogar de esquizofrénica en la que, por un lado, el materialismo es aceptado como premisa en las ciencias de la naturaleza e incluso, bajo la influencia de Marx, en ciertas ciencias sociales (cf. los conceptos de materialismo histórico, socialismo científico, etc.) y por otro lado, el idealismo, el dualismo, son postulados en el terreno de la conducta humana. Todo ocurre como si la naturaleza -incluyendo nuestro cuerpo- por un lado, y las conductas de los grupos de sujetos (política, economía, sociología, historia, etc.) por otro lado, estuviesen regidas por leyes científicas (presuponiendo pues posturas materialistas y deterministas) mientras que la conducta de un ser humano en particular estuviese regida por principios inmateriales, míticos, etc., no susceptibles de ser abordados por el método científico.

Parece sin embargo difícil de aceptar que el nivel "inferior" (orgánico) y el nivel "superior" (social) respondan a un mismo tipo de enfoque (científico) mientras que el nivel "intermedio", el nivel que realiza la síntesis, el nivel en el cual residen y coexisten los otros dos (de ahí las comillas utilizadas) responda a un enfoque totalmente contrario.

Este tipo de "dualismo metodológico" es aún más incoherente que el dualismo clásico (en el cual se acepta que la naturaleza debe ser abordada por el método científico mientras que la conducta -ya sea individual o social- humana depende otro tipo de principios) puesto que en el dualismo clásico hay una sola ruptura entre los dos mundos (ruptura que se ha situado a distintos niveles en diferentes momentos de la historia: entre la materia inanimada y la animada primero, entre lo orgánico y lo psicológico después), mientras que en este tipo especial de dualismo no hay una sola frontera sino dos, pasándose de un nivel a otro para volver al primero después, cosa que parece, por lo menos, altamente singular y paradójica.

Una posible explicación de esta especie de "dualismo de va y vén" reside en el hecho de que la psicología experimental no existía aún en la época en que Comte y Marx escribieron sus respectivas obras, y la psicología filosófica de la época no podía, evidentemente, ser tomada en consideración como ciencia positiva (Comte) ni incluida en el materialismo dialéctico de Marx y Engels. Así, las pocas líneas que los fundadores del materialismo dialéctico dedican a la psicología no van más allá de afirmaciones tan generales e imprecisas como "la mente no es más que el reflejo de la realidad", sin profundizar de qué forma la realidad "se refleja", qué significa concretamente "reflejarse", ¿debe el reflejo mismo considerarse como una realidad material? ¿es de naturaleza distinta al de la realidad que lo produce? etc., etc., etc. A decir verdad, esta posición nos parece más próxima del mito platónico de la caverna que del materialismo dialéctico. Evidentemente, Marx y Engels quieren dejar sentado que el protagonismo está en la realidad y no en la mente, pero su formulación no da para más. Con los conocimientos disponibles en aquél entonces quizás no se podía profundizar en mayor grado, pero lo que nosotros deploramos es que, posteriormente, a medida que la psicología experimental en general y el conductismo en particular iban formando un sólido cuerpo de conocimientos (con un postulado claramente materialista, y en el caso del paradigma operante, francamente dialéctico), no saliesen pensadores de izquierda (marxistas o no) capaces de realizar la unión necesaria entre los dos terrenos (científico y epistemológico), capaces, en suma, de reconocer en el conductismo el eslabón que faltaba en la cadena que une, bajo los mismos postulados materialistas y científicos, lo biológico y lo social.

⁵ Evidentemente, la oposición naturaleza/género humano es ficticia -siendo la humanidad una parte de la naturaleza- pero la mantendremos aquí por facilidad de lenguaje.

Cierto es que en la U.R.S.S. el condicionamiento pavloviano (que curiosamente obedece a un modelo mecanicista y no dialéctico) es erigido en dogma, y que el psicoanálisis, así como (aunque por motivos distintos) los test de inteligencia, son proscritos en dichas latitudes; pero ninguna teorización coherente ha sido producida en el campo marxista en el sentido que exponíamos unas líneas más arriba. Los psicólogos marxistas, en Francia concretamente, adoptan una de las dos posturas siguientes: el flirteo descarado con el psicoanálisis (Clement, Bruno y Sève, 1977) -sin olvidar toda la literatura aparecida sobre psicoanálisis y marxismo- o la devoción total por el cognitivismo (Le Ny, 1979). Y no hablemos ya de la izquierda no-marxista, la que protagonizó el mayo de 1968, que profiesa el obscurantismo más radical que imaginarse pueda.⁶

Pierre Naville (el hombre que hubiese podido encarnar el papel de integrador al que antes nos referíamos) reconoce abiertamente que Marx y Engels no dice nada concretamente válido en psicología, pero que una actualización de su postura no podría llevar a otra consecuencia que la de defender el conductismo como la única psicología compatible con su ideología, ya que tal posición se encuentra, en forma de germen, en sus escritos. Dice textualmente Naville:

Pero hay una manera diferente de plantear la cuestión respecto a Marx: preguntarse si en sus trabajos no se encuentran algunos elementos generales y particulares de una ciencia de la conducta, ciencia que, hoy en día, debe ser desarrollada con una masa de conocimientos y de experimentaciones con las que no se podía ni siquiera soñar en la mitad del siglo XIX. Efectivamente, estos elementos existen. La heredera legítima de la metodología de Marx es justamente la ciencia de la conducta, la psicología moderna, y no esta pretendida "filosofía marxista" impuesta como metafísica de Estado, como teocracia. Son los principios fundamentales y las premisas de una ciencia de la conducta que se encuentra en la obra de Marx, y no los de una metafísica. Las *Tesis sobre Feuerbach* y ciertos capítulos de *La ideología alemana* afirman posiciones que no pueden en absoluto ser consideradas como "filosóficas". Al contrario, constituyen un trastrueque radical de las pretensiones de cualquier filosofía.

Es desde este punto de vista que puede contestarse a esta última pregunta: ¿cuál es la contribución de Marx y Engels a la psicología? Ninguno de los dos se preocupó directamente de la psicología propiamente dicha. Su actitud es, en este punto, vecina de la de Comte para quien, entre la fisiología y la sociología, no había lugar para una "psicología". Sin embargo, hicieron aparecer varios puntos de metodología, que fundamentan su propio

⁶ Una anécdota más: la revista *Autrement* publicó en su no.4 (1975/76) un volumen monográfico titulado: "curar para normalizar" en el cual se practica un lamentable amalgama entre lobotomías, neurolépticos y terapias conductistas. Dicho volumen defiende las posiciones "gauchistes" más radicales. Al final de uno de los artículos se indicaba, junto con algunas orientaciones bibliográficas, que: "En Francia, los pioneros del conductismo son: Dr. Jacques Rognant, Mlle. Agathon, Prof. Le Ny, Dr. Ph. Guilbert, Pr. Pichot (Presidente de la Asociación), quienes, por otra parte, enseñan estas materias en la Clínica de Enfermedades Mentales y del Encéfalo, 100 rue de la Santé, París 14 (Pequeño anfiteatro para las clases, laboratorio de condicionamiento para las prácticas)", (p. 131)

Podríamos escribir un par de páginas sobre las imprecisiones, amalgamas, errores y falsedades contenidos en dicha nota (por ejemplo, Le Ny nunca ha sido conductista -escribió un libro sobre condicionamiento y aprendizaje en los años sesenta- y es, como lo hemos ya indicado, un exponente del cognitivismo; no existen trabajos prácticos de conductismo como tal o de terapia conductista en ningún sitio; sólo Mlle Agathon da, tímidamente, alguna clase sobre terapia conductista; cualquiera que conozca al Profesor Pichot no puede sino sonreír al verle considerado como un pionero del conductismo, etc. etc.)

Pero nuestro propósito al citar este texto era señalar que, algunos días después de su publicación, un grupo de jóvenes "gauchistas" irrumpió en el gran anfiteatro del citado hospital (no encontraron a nadie en el pequeño puesto que el autor del "llamado" no había precisado qué días Mlle Agathon enseñaba) donde se pronunciaba una conferencia de psiquiatría clásica -y ortodoxa-, organizando un verdadero "happening" al que ninguno de los presentes comprendió nada en absoluto, hasta que, profiriendo todo tipo de sonidos guturales ininteligibles se dirigieron hacia el 4o. piso donde reside el "laboratorio" de Mlle. Agathon con la intención de destrozarlo (sin llegar a conseguirlo).

Precisemos que el autor de estas páginas fue testigo ocular del suceso, y que otros casos de "comandos anti-ciencia" se han producido en los últimos años, como cuando la "liberación" de los gatos del laboratorio del INSERM (Instituto de Estudio e Investigaciones Medicas) que habían sido operados para llevar electrodos implantados en el cerebro, algunos de los cuales fueron incluso expuestos al público como prueba de la crueldad de los científicos (ni que decir tiene que los pobres animales, privados de los cuidados necesarios, padecieron todos al cabo de pocos días. . .)

materialismo, y que pueden ser legítimamente considerados como los principios fundamentales de la ciencia de la conducta de nuestros días. Estos principios son los siguientes: 1) *principio de la conducta*: el hombre es aquello que *hace*; el concepto de producción es pues fundamental; 2) principio de la *unidad de la conducta*: el hombre no está compuesto de un espíritu y de un cuerpo, sino de un organismo unitario cuyas manifestaciones, en su totalidad, se explican, a niveles distintos, por su realidad y sus efectos materiales; 3) principio de la *objetividad de la conducta*: el individuo sólo puede existir y actuar para sí cuando existe y actúa en función de los demás, de terceros, o sea, en sociedad. Estos tres principios son los axiomas de una ciencia de la conducta y no de una filosofía o de una ontología.

Marx y Engels, por su parte, desarrollaron sobre todo el análisis de la sociedad, y en particular de la sociedad capitalista burguesa. Dejaron para otros el estudio científico de los procesos individuales de la conducta. Pero dicho estudio se encarriló, en el transcurso del siglo XIX, en la misma dirección en que ellos encarrilaban la sociología: la de la objetividad, de la genética y de la experimentación. La obra de Darwin, los progresos de la neurología y de la fisiología con Magendie y Claude Bernard, y más tarde con Sherrington y Pavlov, y los trabajos de la psicología experimental con Galton, Binet, P. Janet, Watson, Kohler, Piaget e incluso Freud -para no citar más que algunos hombres de talla- encarrilaban la ciencia de la conducta en una dirección mucho más coherente con las concepciones de Marx que lo que podían hacer todas las filosofías, como la de Croce, Husserl o Heidegger. No hay pues que buscar en la obra de Marx y Engels un "sistema" de psicología terminado, como tampoco una filosofía. Basta con encontrar en ella una orientación, unos criterios y unos problemas que son justamente los que conciernen a la psicología moderna, la ciencia de la conducta. (Naville, 1957; pp. 369-371).

Lástima que nuestros marxistas, en lugar de repetir hasta la saciedad lo de "reflejo de la realidad" (al igual que los teólogos citan y realizan largas exégesis sobre una frase de las santas escrituras, sin jamás poner en duda la justeza de la frase misma, considerada como definitiva e inmutable) no hayan prestado mayor atención a los escritos de Naville. Pero de Naville hablaremos largamente más adelante. Lo que ahora nos gustaría profundizar es el camino que ha conducido a la deplorable situación actual que hemos descrito a lo largo de estas páginas.

Así pues, dedicaremos la segunda parte de nuestro trabajo a retrazar, de manera esquemática y forzosamente incompleta, -lo contrario sería pura pedantería por nuestra parte- la historia de la psicología experimental en Francia, haciendo especial hincapié en aquellos autores cuyas posiciones científicas y/o ideológicas les hubiesen permitido llevar a cabo una tarea de "impregnación conductista" del mundo psicológico francés capaz de desembocar en situaciones análogas -o mejores- a las que conocemos en nuestros países pero que, desgraciadamente, no llegaron a cuajar.

Sin remontar al tiempo de los griegos, como suele hacerse en estos casos ("ya los griegos. . ."), creemos que vale la pena empezar nuestro paseo histórico con Descartes. Tomaremos como guías Chateau (1977), Cazayus (1977) y en algunos momentos, Fraisse (1963). Escribe Chateau (1977):

Sigamos el propio *Discurso* (2ª parte, AT, 19): "(...) todas las cosas que pueden incumbir al, conocimiento humano se entresiguen de la misma manera [que los largos razonamientos de los geómetras] y, con tal únicamente de abstenerse de aceptar como válida alguna que no lo fuere, y de guardar siempre el orden que conviene para deducirlas unas de otras, no pueden existir cosas tan lejanas a las que no se llegue por fin ni tan escondidas que no se les descubra." Esta célebre afirmación, y a menudo repetida, nos da la llave de la primera psicología de Descartes, esta psicología de los bajos lugares que se expresa en los animales máquinas, como esta psicología metafísica que inspira el *Cogito*. Se desprende de ella que la deducción se centrará en primer lugar sobre los objetos más simples, y es lo que Descartes piensa haber realizado tanto en el *Discurso* como en los *Principios*. Ahora bien, en el orden de la ciencia del hombre, ¿cuál puede ser este enlace deductivo, el más simple posible, sino el que va de una palabra a otra, de una causa a un efecto próximo, digamos mejor aún, en el terreno de la motricidad, de un estímulo a una reacción inmediata? El reflejo, cuya teoría ha sido establecida por primera vez por Descartes, no es más, en realidad, que la trasposición en biología de la deducción de los geómetras. Si la biología debe constituirse en ciencia deductiva, es necesario que este enlace simple sea el elemento primero e indivisible a partir del cual se efectuarán todas las construcciones. No es, por otra parte, más que la réplica, en el plan orgánico, del enlace

mecánico en el plan físico.

Es pues comprensible que, al construir su primera psicología, que, bajo este aspecto, es esencialmente una psicofisiología, Descartes invoque constantemente los autómatas; no cesó nunca de ocuparse del modelo proporcionado por los autómatas. Sin duda en boga ya entre los griegos y luego entre los árabes, los autómatas se pusieron de nuevo de moda, y sabemos el furor que causaron, en el siglo XVIII. La originalidad de Descartes consiste en haber hecho de ellos un modelo para la biología y haber afirmado que lo que nosotros hacemos en este terreno, Dios lo hace aún más perfectamente, lo que explica la perfección de estos autómatas divinos que son los animales-máquinas. (El uso perfectamente claro y razonado de un "modelo" mecánico debe también ser subrayado, puesto que, en adelante, las ciencias biológicas y psicológicas usarán y a veces abusarán incluso de estos modelos). Nuestros relojes, que Descartes propone a menudo como ejemplos, pueden, en su imperfección relativa, ilustrar convenientemente lo que son los animales-máquinas.

A partir de aquí Descartes puede evocar no sólo reflejos simples, como el reflejo palpebral, o combinaciones elementales de reflejos, como las convulsiones o como la cabeza cortada que se menea aún y muerde el suelo, sino también las conductas instintivas, como la reacción de la oveja frente al lobo, o estas migraciones de golondrinas que son como movimientos de reloj, el orden de las grullas en su vuelo, las abejas, los animales necróforos, etc. A quienes le objetan que juega ahí un instinto, puede perfectamente responder que estos actos instintivos dependen tan solo de los talentos animales y de la disposición de los órganos en estos autómatas mucho más perfectos que los que son de origen humano. Y cuando le hablan del alma de los animales, no tiene ninguna necesidad de ella, o, todo lo más, refiriéndose al *Deuteronomio*, acepta llamar alma a la sangre animal (no hay que ir nunca públicamente contra un texto sagrado) y hacer la distinción entre esta alma animal y el "pensamiento" humano. Pero, sobre todo, utiliza ya un argumento que florecerá en el primer conductismo, constatando que no es posible ponernos en el lugar de los animales para sentir su alma, argumento que esgrimirá repetidas veces: "el entendimiento humano no penetra en sus corazones" (carta a Morus, 5.2.49) etc.

Sin embargo, no estamos aún más que en presencia de un simple mecanismo que reduce el instinto al reflejo. Pero Descartes va mucho más lejos haciendo intervenir no sólo un simple reflejo constitutivo, sino un reflejo adquirido; sin dudar, considera entonces indistintamente reflejos simples, conductas instintivas y automatismos, como en este pasaje de las 4^o respuestas: "entre los movimientos que tienen lugar en nosotros, hay algunos que no dependen en nada de la mente, como los latidos del corazón, la respiración de los que duermen e incluso en los que están despiertos, el andar, el cantar y otras actividades parecidas cuando son efectuadas sin que la mente piense en ellas". (AT, IX, 178) ¿Es ya el conductismo? Afirmarlo sería excesivo, puesto que la miscelánea misma que acabamos de encontrar muestra que Descartes no ha otorgado un lugar particular al reflejo condicionado. Pero ha captado perfectamente el espíritu de un mecanicismo que culminará en conductismo: colocar en una misma clase de automatismos los movimientos cardíacos y el cantar maquinal es ciertamente un progreso psicológico de talla. Y puede pues considerarse que, a partir de Descartes, el conductismo se derivaba con toda naturalidad (como lo prueba este pasaje de una *carta a Mersenne*, 18.3.30: "si se hubiese azotado a un perro cinco o seis veces al son de un violín, tan pronto como oiría de nuevo dicha música empezaría a gritar y a huir". (Chateau, 1977; pp. 53-55).

Aparentemente, las cosas no podían empezar mejor en Francia, puesto que, en pleno siglo XVII, el filósofo que más iba a impregnar el pensamiento francés posterior toma posiciones casi-watsonianas. Desgraciadamente, Descartes es también el padre del dualismo, y los franceses, en lugar de profundizar las geniales intuiciones que acabamos de transcribir, retuvieron del gran filósofo sus aspectos más negativos, a saber, su dualismo cuerpo/alma. De poco sirvieron las obras de La Mettrie (*Historia natural del alma*, 1745; *El hombre-máquina*, 1748), ferviente defensor de la cartesiana teoría mecanicista del cuerpo humano, que mantenía, ya en aquellas épocas, que el pensamiento no es más que el resultado de la actividad del sistema nervioso.

Tan esperanzadores inicios quedaron sin solución de continuidad, y el pensamiento psico-filosófico de la época estuvo dominado por Maine de Birán (1766-1842), "gracias" al cual, habiéndose centrado en la observación de su vida interior, la psicología se transforma en la técnica del diario íntimo y en la ciencia del sentido íntimo. El estudio de los hechos de la conciencia, bajo la impresionante influencia de Bergson (1859-1941), mantiene la perspectiva dualista, idealista, en una situación preponderante, dificultando la aparición de la psicología científica. Como lo señala Fraisse (1963):

Esta orientación filosófica que se perpetúa en las tradiciones de la Universidad no podía acoger la psicología científica, ni, menos aún, ser su crisol. Así pues, el alán vino de fuera, a través de Ribot, quien se inspira en la escuela inglesa y alemana, e injerta la psicología francesa sobre la neuropatología mental en la que Francia ocupaba -y de lejos- la cabeza del progreso". (Fraisie, 1963; p. 32).

Pero continuemos nuestro repaso histórico de la mano de nuestros bien documentados guías.

Para renunciar a la psicología filosófica -para denunciar incluso el espiritualismo oficial-, para interesarse por la psicopatología y pasar de ella a una concepción general de la psicología como ciencia experimental, hacía falta en Francia -al igual que Wundt en Alemania- un pensador de envergadura. Tal fué el caso de Ribot (1839-1916; agregado de filosofía, encargado de curso de psicología experimental en la Sorbona de 1885 a 1889. Luego titular de la primera cátedra de psicología experimental en el Collège de France. Carrera universitaria coronada con la elección a la Academia de Ciencias Morales y Políticas) que puede ser considerado como el fundador -al menos, como teórico- de la nueva psicología. Sus dos obras sobre la psicología inglesa y sobre la psicología alemana contemporáneas expresan su profesión de fe: considera, contrariamente a la opinión filosófica reinante, que "la psicología puede constituirse como ciencia independiente" y que es "el estudio puro y simple de los hechos psicológicos lo que debe constituir esta ciencia". Pero ello implica que "la psicología de la que hablamos aquí sea puramente experimental; no tenga por objeto más que los fenómenos, sus leyes y sus causas inmediatas; no se ocupe ni del alma ni de su esencia, puesto que esta cuestión, estando por encima de la experiencia y fuera del campo de la verificación, pertenece a la metafísica". (*La psychologie anglaise contemporaine*, 1870).

(...) La psicología alemana muestra la senda del porvenir al transformarse en "una ciencia natural, desembarazada de toda metafísica y apoyándose en las ciencias de la vida". De manera que, a pesar de "prejuicios empedernidos" el psicólogo debe convertirse en "un naturalista de un cierto tipo" cuya ciencia "enlaza con las leyes de la vida y su mecanismo".

Esta posición positivista implica pues que la psicología conduzca su estudio "según el método de las ciencias naturales" y que no excluya de su ámbito de investigación ninguna manifestación de la vida. Debería pues interesarse a "todos los fenómenos del entendimiento de los animales, considerándolos no solamente bajo su forma adulta, sino también en sus sucesivas fases de desarrollo, ofreciendo así un campo inmenso, casi sin límites, a la investigación". Aquí puede verse esbozado el proyecto de una psicología animal y de una psicología genética que se desarrollarán, efectivamente, hacia el final del siglo. Por otra parte, aunque habiendo rendido homenaje a la psicología alemana, Ribot no consideraba necesario limitarse únicamente a las técnicas de los laboratorios de fisiología. El mismo, es verdad, fué más teórico que experimentalista. De hecho, comportándose según la inspiración psicopatológica de la escuela médica francesa, su terreno y su método predilectos fueron el estudio de la enfermedad mental, de la desorganización patológica considerada como una experimentación natural sobre la disolución de las funciones, sobre la reducción de lo más complejo a lo más simple, de lo más elaborado a lo más primitivo.

(...) Ribot escribe: "El método patológico participa a la vez de la observación pura y de la experimentación. La enfermedad es, en efecto, la más sutil de las experimentaciones, instituida por la misma naturaleza, en circunstancias bien determinadas y con procedimientos de los que no dispone el arte humano" (*Sobre el método de las ciencias*, 1909). Es claro que una de las partes más vivas de su obra, consagrada a las enfermedades de la memoria, de la voluntad, de la personalidad, y el papel primordial de la vida afectiva y de las tendencias (y en esto se acerca a las instituciones de Freud) constituya la ilustración de este método. (Cazayus, 1977; pp. 236-238).

Ribot constituye pues una segunda ocasión perdida. A pesar de que en Francia es considerado como el fundador de la psicología experimental de su país, a pesar de sus afirmaciones claramente pre-watsonianas, a pesar de su posición teórica incontestablemente científica, Ribot, como lo recalca Fraisse (1963):

(...) nunca experimentó (...) estimando que la patología mental nos ofrece las

experimentaciones a las que no hay más que referirse (p. 33).

Y, una vez más, la gloriosa psicopatología francesa se nos aparece como un obstáculo de talla para el desarrollo de la psicología experimental en Francia, imprimiéndole un retraso que, hasta ahora, a nuestro modo de ver, no ha sido aún recuperado.

De hecho, de los tres principales discípulos de Ribot, dos continuaron la tradición psicopatológica (Dumas y Janet, ambos con la doble formación de filosofía y medicina) y uno sólo se dedicó a la psicología experimental (Binet). Del primero, Cazayus (1977) escribe:

Dumas (1886-1946; profesor en la Sorbona en la cátedra de psicología experimental; director del laboratorio de psicología del hospital Sta. Ana), alumno de Ribot (...) interesado por la psicología fisiológica y por los métodos objetivos, continúa, sin embargo, adicto a la psicología introspectiva. Sin desconocer ni las dificultades ni los límites que ella implica, consideraba que "sin introspección, cualquier otra forma de psicología nos sería imposible". Al mismo tiempo, apoyándose en su formación en el campo de la patología, perseguía veleidades sintéticas tendiendo a iluminar los fenómenos que estudiaba con diversos enfoques convergentes. (Cazayus, 1977; p. 239).

Del segundo, Fraise (1963) nos dice:

P. Janet (1859-1947; sigue las enseñanzas de Charcot en la Salpêtrière donde es nombrado director del laboratorio de psicología patológica en 1880. Profesor en la Sorbona (1895) y luego en el College de France (1906) donde substituye a Ribot, sucediéndole en 1902) practica la psicología experimental en el sentido en que la concebía Ribot (...) Parte, por supuesto, de la concepción de la psicología como ciencia de "los hechos de la conciencia"; nunca renegará completamente esta concepción, pero la psicopatología le revela un nuevo aspecto, el mismo, precisamente, que la psicología animal enseñará a Watson: "La psicología debía ser objetiva en el sentido de que debía ocuparse de lo que podía ser visto, de los actos, de los movimientos, de las actitudes del sujeto, añadiéndole sus palabras y sus formas de hablar, y, por consiguiente, todos los hechos psicológicos, aunque se les conociese por otros caminos debían poder ser expresados en el lenguaje de los hechos exteriores". (*Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 1929; p. 78).

Sin embargo, Janet evita los excesos del conductismo de Watson. El mismo define exactísimamente la originalidad de su concepción: "Para aplicar a los hombres la psicología de la conducta, es necesario reservar no sólo un papel a la conciencia, sino además considerarla como una complicación del acto que se sobreañade a las conductas elementales, sin olvidar, en la descripción de estas conductas, sus formas superiores, tales como las creencias". (*Autobiografía, Etudes Philosophiques*, 1946; pp. 85-86).

Así, Janet se ahorra el recodo watsoniano y su psicología de la conducta se anticipa a la psicología moderna que integra, en su esquema de la conducta, a la vez la influencia de la situación y la influencia de las reacciones conscientes e inconscientes del individuo frente a esta situación, en vistas a explicar los actos que aprehende el observador o el experimentador. (Fraise, 1963; p. 35).

Así pues, los dos psicopatólogos, a pesar de enunciar posiciones científicas respecto a la psicología, consideran esta disciplina como la ciencia de los hechos de la conciencia, necesitando la introspección.

Pero el lector habrá observado además el afán de exorcizar el conductismo watsoniano, mostrando que la psicología francesa evitó, desde el principio, sus "excesos". Ya hemos señalado, en la primera parte de este trabajo, que los autores actuales pretenden "estar de vuelta" del conductismo, sin jamás haber realizado el viaje de ida. Permítasenos ilustrar brevemente esta posición.

M. Reuchlin, considerado como uno de los más grandes (sino el más grande) psicólogos franceses de la actualidad, declaraba en una entrevista (Laurent, 1982) al prestigioso periódico *Le Monde*:

El hecho de rehusarse a hablar de lo que no es inmediatamente observable tiene un regusto positivista, a la Augusto Comte. Esta posición es aún actualmente adoptada por un Skinner en los Estados Unidos. En su mayor parte, sin embargo, los psicólogos han superado este estadio. (p. X).

A nuestro entender, para poder superar una posición es preciso haberla adoptado anteriormente.

Nos gustaría realmente saber qué psicólogo francés de cualquier época se ha declarado conductista. Honradamente, no conocemos ninguno (excepto Pierre Naville, pero le dedicaremos un espacio aparte más adelante, y, de todos modos, su influencia *en este sentido*, ha sido nula, puesto que es prácticamente desconocido en su calidad de psicólogo, e incluso poco conocido en general). Sin embargo, por todas partes se puede leer u oír que el conductismo (este conductismo que nunca cuajó en Francia) imperó durante varios decenios esterilizando campos enteros de la psicología que sólo actualmente pueden osar presentarse sin miedo a la excomuni3n conductista.

En apoyo de lo que acabamos de afirmar, sometemos al juicio del lector el siguiente texto:

Los diez últimos años han visto desarrollarse un número considerable de trabajos sobre la imaginería mental. Resituado en la historia de la psicología moderna, este fenómeno manifiesta la potente resurgencia de una cuesti3n prácticamente apartada del campo de estudio de esta disciplina desde la revoluci3n conductista. A decir verdad, este nuevo interés por la imagen no debe ser interpretado solamente como la retirada de una inhibici3n a propósito de un tema tabú, sino más bien como una de las manifestaciones del movimiento general que orienta actualmente la psicología hacia el estudio de la representaci3n mental, de sus diversas formas y de sus modalidades de funcionamiento.

(...) Est3 claro, al alba de la revoluci3n conductista, que la imagen, como un cierto número de otros "conceptos mentalistas" subjetivos elaborados por la escuela introspectiva, iba a ser apartada del campo de la psicología científica. (Denis, 1979; pp. 11 y 26)

De todas formas, hoy en día los psicólogos franceses hablan del conductismo utilizando siempre el pretérito. Poco importa que nunca tuviese un presente en este pa3s. La posici3n de Richelle nos parece resumir bastante bien lo que estamos denunciando:

Es habitual hoy en día considerar el conductismo como una etapa útil pero definitivamente superada de la psicología.

(...) El hecho de que los enfoques conductistas no hayan hasta ahora abordado con éxito todos los problemas que se presentan al psicólogo no puede razonablemente ser tomado como argumento para declarar el conductismo inadecuado ni para sustraer de su ámbito, *a priori*, ciertos problemas reservados -que corresponden a menudo a los atrincheramientos de la especificidad humana amenazada por la manumisi3n científica- tales como el universo simbólico, la creatividad, la intenci3n, etc. Si uno se da la molestia de tomar el conductismo por lo que es, es decir, una perspectiva metodol3gica y no una teor3a psicol3gica, de poco sirve denunciar sus insuficiencias sin haberlas demostrado. (Richelle, 1980; pp. 205-206).

Ni que decir tiene que compartimos totalmente el punto de vista del autor, a pesar de que se refiere sobre todo al conductismo metodol3gico y no al conductismo radical. Pero cerremos el paréntesis y volvamos a los discípulos de Ribot.

Hemos visto que, en Francia, Ribot se ha convertido en el propagandista escuchado de la psicología experimental. Pero este propagandista era más que nada un teórico que, al método experimental y a los procedimientos de laboratorio propiamente dichos, prefería a final de cuentas el método comparativo, particularmente en el terreno psicopatol3gico. El realizador verdadero de la psicología experimental francesa fué Alfred Binet (1857-1911). Este no era un filósofo de formaci3n sino un científico aunque de pensamiento bastante ecléctico.

(...) su talento experimental, no embarazado por una formaci3n filos3fica, le permit3a abordar la psicología de su época sin prejuicios doctrinales. (Cazayus, 1977; pp. 262-263).

La obra más importante de Binet, conocida de todos, fué la creaci3n de su escala métrica de la inteligencia (1905, 1908). Así, la psicología experimental pasa de la psicofísica alemana a la psicometría francesa. Ciertamente, se trata de enfoques inequívocamente científicos. Pero, por ahora, de conductismo nada. Habrá que esperar hasta la llegada de Piéron (1889-1964) para poder hablar de introducci3n del enfoque conductista en Francia (hemos visto anteriormente que Fraisse considera Piéron y no Watson como el verdadero punto de partida del conductismo).

Ya hemos acercado al lector algunas frases de Piéron dejando clara su concepci3n de la psicología;

recordemos su famosa frase:

Pero si estas investigaciones no se ocupan de la conciencia, ¿de qué se ocuparán que no sea ya estudiado por la fisiología? Se ocuparán de la *actividad* de los seres y de sus relaciones sensori-motrices con el medio ambiente, de lo que los americanos llaman "the behavior", los alemanes "das verhalten", los italianos "lo comportamiento", y de lo que tenemos derecho a llamar "*la conducta*" de los organismos. (Piéron, 1908; republicado en Piéron, 1958; p. 4).

Permítasenos ahora aportar un cierto número de citas para ilustrar mejor su pensamiento.

En primer lugar, Piéron identifica un campo propio a la psicología, diferente del de la fisiología y del de la biología en general:

La psicología ocupa un lugar distinto al interior de la biología, no tanto, por cierto, a causa de su objeto como a causa de su lenguaje, y lo mismo ocurre con la fisiología en relación con la química, con la química en relación con la física; puesto que la diversidad de las ciencias de la naturaleza proviene de la ciencia más bien que de la naturaleza. (Piéron, 1908; republicado en Piéron, 1958; p. 4).

En segundo lugar, confiere a la psicología una visión globalista, molar, como lo muestran las frases siguientes:

La psicología continúa la fisiología, dirigiéndose, ya no a funciones aisladas, sino a las actividades globales del ser en relación con su medio ambiente. (Obra citada, p. 75).

La psicología es la ciencia de las reacciones globales de los organismos considerados en su totalidad, (obra citada, p. 9).

En tercer lugar, Piéron profesa un mecanismo, determinismo y monismo ortodoxos:

Y este lenguaje se ve legitimado por el hecho de que el de la fisiología, más simple, fracasa delante de la expresión de los fenómenos complejos de la actividad animal; pero, el día en que los progresos de la fisiología proporcionarán una expresión adecuada a las modalidades de la conducta de los organismos, la psicología científica perderá su individualidad como, sin duda, la fisiología encajará un día totalmente en el seno de la química, y que la misma química encontrará en la física el simbolismo matemático que le permitirá, con la unidad armónica de sus fórmulas, expresar la diversidad aparente de las fuerzas naturales.

(...) los fenómenos humanos se hallan sometidos a un determinismo tan riguroso como el de todos los otros fenómenos naturales; pueden ser expresados en el mismo lenguaje científico y se enlazan con todos los otros gracias a una serie continua de transiciones. Si se ha querido cavar un foso entre el Hombre y los animales desde el punto de vista mental, la psicología evolutiva lo franquea fácilmente y, a pesar de las resistencias, más vivas en este ámbito de lo psíquico que en el de la morfología, muestra que la mente humana no es más que una rama, muy alta y más gruesa, cierto, de un árbol inmenso que emerge del suelo al mismo tiempo que la vida, y cuyas raíces se zambullen en la nutritiva tierra de la energía físico-química, (obra citada, pp. 6-7).

Las siguientes afirmaciones terminarán de convencernos de su posición conductista:

El lazo que unía el término psicología al de conciencia se ha visto roto, un nuevo lazo le une a "conducta"; la psicología de la conducta es una psicología sin conciencia, es una psicología objetiva, (obra citada, p. 26)

La concordancia de las reacciones, de la conducta, es suficiente, sin que sea necesario invocar una concordancia de procesos misteriosos que escapan a toda investigación, (obra citada, p. 52).

No podemos en ningún caso alcanzar lo absoluto, pero construimos la ciencia sobre relaciones, y triunfa, lo que la legitima; la psicología atañe igualmente relaciones y triunfa; que no se le pida pues, más que a las otras ciencias, que aspire a un inaccesible absoluto,

que no constituye su objeto, (obra citada, p. 9).

Así pues, en una época en que los trabajos de Pavlov sobre condicionamiento eran aún poco conocidos y el conductismo watsoniano no había sido todavía explícitamente sistematizado, surgía en Francia un psicólogo cuyas posiciones hubiesen debido permitir a este país tomar la cabeza del revolucionario movimiento que se acercaba.

Quizás Fraisse tenga razón al reivindicar la paternidad del conductismo para Piéron si nos situamos en el punto de vista estrictamente cronológico. Pero, ¿de qué puede vanagloriarse un intrépido campesino que, habiendo sido el primero en sembrar un nuevo tipo de árbol -que nunca llegó a enraizar- ve a su vecino, que sembró un poco más tarde, contemplar su propio árbol que no cesa de crecer y de fructificar? Evidentemente, siempre le quedará la solución de consolarse afirmando que el árbol en cuestión contiene "pueriles excesos"; quizás los contenga, y con el tiempo podrán ser correctamente podados. Lo que es seguro es que el árbol abortado no tiene defectos; por no tener, no tiene ni existencia: se quedó en germen.

El lector podrá referirse a la excelente réplica al artículo de Fraisse en la que Littman (1971) desarrolla argumentos parecidos a los nuestros, explicando concretamente las razones por las cuales el impacto del conductismo se debe en la práctica a Watson y no a Piéron. El propio Reuchlin (1957), en su *Historia de la Psicología*, reconoce, después de transcribir el famoso párrafo de Piéron que ya hemos citado dos veces, que:

Este "manifiesto" no suscitó en Francia la aparición de una "escuela" que nacerá, algunos años más tarde, alrededor de las mismas nociones y de la misma palabra [la conducta], en América, donde, como lo decía Piéron, "el peso de la tradición no es tan grande". Fue el "conductismo", fundado en 1913 por J.B. Watson. (Reuchlin, 1957; 4a. ed. 1974; p. 26).

En efecto, a pesar de la talla científica e institucional de Piéron, de su posición epistemológica inequívocamente conductista y de la inmensa obra que realizó y que inspiró en el campo de la psicología experimental clásica, el conductismo nunca llegó a florecer en Francia. El sucesor de Piéron, Paul Fraisse, continuó su obra de psicología experimental clásica hasta nuestros días, aunque, en su vejez, el hombre parece querer tomar el tren del cognitivismo triunfante. Permítasenos citar los párrafos esenciales de la alocución que pronunció, en su calidad de presidente, al XXI Congreso Internacional de Psicología celebrado en París en julio de 1976:

La psicología está en crisis. ¿Se trata simplemente de una crisis de desarrollo?

(...) En realidad, la crisis es profunda porque se sitúa a nivel teórico. Estamos comprometidos en una revolución científica a la búsqueda de un nuevo paradigma, en el sentido que Kuhn da a este vocablo.

(...) Esquematicemos. El primer paradigma de la psicología moderna fué establecer una ciencia de la vida mental que reposaba sobre la experiencia individual, lo que la condujo a proponer como método la introspección.

(...) La distancia entre la práctica y la intención teórica era tan grande que una ruptura estalló, conduciendo al triunfo del conductismo. Desde entonces, el objeto de la psicología ya no fué la vida mental, sino la conducta de los organismos, es decir, sus reacciones adaptativas a las provocaciones del entorno. Los éxitos obtenidos en psicología animal permitían esperar un paso adelante por parte de la psicología humana gracias a este cambio de enfoque. El terreno era sólido; como todas las ciencias, la psicología tenía ahora un objeto público, mensurable; conducía a leyes verificables y a experimentaciones reproducibles. Los éxitos fueron brillantes, y se multiplican aún hoy en día.

Sin embargo, una nueva tensión divide los psicólogos. Para ciertos autores, el calificativo de "conductista" se ha convertido casi en un insulto. Aquellos que desean aún guardar esta etiqueta se consideran más bien neo-conductistas partidarios de un conductismo subjetivo, como Miller, Galanter y Pribram (1960), de un conductismo social, como Staats (1975), o incluso de un mentalismo conductista (Paivio, 1975).

Numerosos otros autores rehusan todo tipo de conductismo, teoría que consideran adecuada, como máximo, para el animal. Se proclaman cognitivistas o freudianos, existencialistas o humanistas incluso, y, a pesar de enormes diferencias, tienen una preocupación común: volver al hombre. Unos rehusan una *ciencia* del hombre; otros se vuelven de nuevo hacia el mentalismo; otros aún muestran la preocupación de no dejar escapar lo esencial del hombre y de no mutilar la psicología.

En la práctica, cuando hacen ciencia, estos psicólogos estudian ellos mismos conductas, pero se trata a menudo de conductas más molares que aquellas a las que se

apegan los conductistas clásicos.

En consecuencia, tienen un eco mayor entre los psicólogos de terreno, se preocupan a menudo de aplicaciones prácticas, mientras que los conductistas se hallan más bien encerrados en sus preocupaciones fundamentales.

¿Se trata de una crisis o del nacimiento de una doble disciplina, una de las cuales podría incluso abandonar el nombre de psicología para convertirse en ciencia de la conducta? Quizás; pero mi intención es explicar que esta crisis desemboca en un nuevo paradigma de la psicología. Las conductas son la materia prima de la psicología, pero remiten a un centro donde se elaboran, centro que llamaré, para guardar la etimología griega del vocablo psicología, *la psique*. La psique no es más que el hombre consciente y actuante, (...)... la psique humana del sujeto, centro de organización o de elaboración de las relaciones que se establecen entre las solicitaciones del entorno y nuestros actos.

Estas relaciones, bases de nuestras conductas, engendran, para cada uno de nosotros, representaciones a la vez del mundo y de sí mismo. Representaciones superficiales, limitadas y a menudo parciales, sobre todo cuando el Yo está en tela de juicio. Los moralistas y los psicoanalistas nos lo dicen y tienen razón.

La tarea del psicólogo es explicar cómo se elaboran tanto nuestras conductas como nuestras representaciones y sus interdependencias.

(...) ¿Cuál es el interés, me dirán Uds., de definir la psicología como ciencia de la psique más bien que como ciencia de la conducta, puesto que, de todas formas, la conducta es el punto de partida obligatorio de nuestro quehacer?

Pienso, como muchos historiadores de la ciencia, que el paradigma dominante en una época dada comporta opciones concretas en los trabajos científicos. No podemos estudiar todo a la vez y escojemos los problemas que deben ser estudiados y las experimentaciones que deben ser realizadas en función de nuestra visión científica del momento.

La opción conductista de la psicología se explica, entre otras cosas, por la primacía concedida a la evolución y a las leyes de la adaptación a finales del siglo XIX. Justifica cincuenta años de trabajos sobre los procesos de aprendizaje comunes al animal y al hombre.

Orientar la psicología hacia la ciencia de la psique más bien que hacia la búsqueda de leyes directas Estímulo-Respuesta tendrá consecuencias considerables de las que ya estamos tomando conciencia, puesto que la mutación que yo deseo ha comenzado ya. Cada vez que en un problema dado -ya sea la memoria, la emoción o la motivación- se plantea la cuestión de los procesos cognitivos que intervienen, se entra en la psicología de la psique.

(...) El triunfo de este nuevo paradigma tendrá como efecto acercar la aplicación práctica y la ciencia fundamental. La aplicación práctica se refiere siempre a un modelo de la psique y saca poco provecho de investigaciones sobre actividades parcelarias. A menudo, en la aplicación, el psicólogo se ha adentrado en terreno desconocido, forjándose sobre la práctica un modelo implícito del asunto. Se queja de la inutilidad práctica de las investigaciones de laboratorio, desconociendo los pasos necesarios del método científico. El investigador, por su parte, crítica el simplismo de prácticas mal fundadas teóricamente.

Para no tomar más que un solo ejemplo, es deplorable que no tengamos todavía más que discursos yuxtapuestos sobre la formación de la personalidad del niño, el desarrollo de su inteligencia, la evolución de su lenguaje y el efecto de las prácticas educativas.

¿Cuándo sabremos asociar estos problemas? La tarea que se abre ante nosotros es inmensa y exaltante. Sea este Congreso una etapa decisiva de este progreso. (Fraisse, 1976).

He aquí la herencia de Piéron! Sin comentarios.

Y así hemos llegado hasta nuestros días, hasta la desoladora situación que hemos esbozado en la primera parte de nuestro trabajo, y que quisiéramos completar aquí con unos datos empíricos que obtuvimos (Freixa i Baqué *et al.*, 1982) mediante una encuesta administrada a un total de 1373 estudiantes de psicología de Barcelona (España), Lieja (Bélgica francófona), Lille (Francia), México (ENEP—Iztacala) y Montreal (Quebec, Canadá francófono).

Se preguntó a los estudiantes cuáles eran, a su parecer, los autores más importantes en psicología; podían citar varios nombres y nosotros retendremos aquí sólo aquéllos que fueron citados por más de 10% de los sujetos de cada uno de los centros encuestados. Los resultados mostraron que:

- a) Freud es citado en primer lugar en todas partes, pero con porcentajes netamente inferiores (49% , contra una media de aproximadamente 80% en los otros países) en México
- b) Jung es citado en todas partes excepto en México
- c) Skinner no figura ni en Lille ni en Lieja
- d) Pavlov no figura en Lille
- e) Watson no figura en Europa

Se les pidió igualmente sus preferencias y rechazos respecto a una lista de etiquetas correspondientes a 6 tendencias en psicología: el conductismo fué colocado en 5ª. posición (seguido de la reflexología) en Francia, mientras que en México ocupaba el segundo lugar (y la reflexología el 4º.), lo que muestra claramente que los rechazos superan en mucho a las preferencias en Francia mientras que lo contrario ocurre en México.

Y sin embargo, hubo una época, entre los años veinte y los años cincuenta más o menos, en que pareció que las cosas podía tomar un camino distinto, y que la semilla sembrada por Piéron podía acabar por fructificar.

Y es que, en efecto, un grupo de personas, vinculadas en grados diferentes y maneras diversas a la psicología, pero todos ellos con un denominar común que nos interesa particularmente -eran todos hombres inequívocamente de izquierdas-, alzaron su voz (aunque de forma totalmente independiente y no organizada) contra la dominación del psicoanálisis, proponiendo, al menos algunos de ellos, una vía netamente conductista. El máximo exponente de esta tentativa fué (es, puesto que aún vive) Pierre Naville. Desgraciadamente, es quizás el más desconocido de ellos.

Así pues, en esta tercera y última parte, vamos a intentar situar los personajes de Georges Politzer, Henri Wallon y Pierre Naville, personajes que hubiesen podido realizar la doble misión de enraizar el conductismo en Francia y de asentarlo en la tradición materialista y progresista de la izquierda, misión que, como sabemos, no consiguió el más mínimo éxito.

Empezaremos por el caso de Georges Politzer (1903-1942). Este conocido filósofo y militante marxista, autor de los famosos *Principios elementales de filosofía*, nos ha dejado un interesante conjunto de escritos sobre la psicología, escritos que reflejan bastante bien la evolución de su postura al respecto.

En efecto, en 1925 publica un artículo titulado "El mito del antipsicoanálisis" (Politzer, 1925 - republicado en 1969-) en el cual, aunque emitiendo algunas reservas, asume la defensa del contenido esencial de la doctrina freudiana contra los ataques contenidos en las *Reflexiones críticas*, de Charles Blondel, autor que defendía la psicología "francesa" contra la invasión de la psicología "germánica". (!)

Tres años más tarde, Politzer escribe:

Freud nos ofrece la visión verdaderamente clara de los errores de la psicología clásica, y nos muestra ya la psicología nueva viva y en acción. (Politzer, 1928; republicado en 1969; p. 17)

Pero la evolución de Politzer le lleva a proponer una psicología *concreta*, al servicio del hombre, liberándolo del mito de la vida interior, posición que le conduce, diez años más tarde, a rechazar definitivamente el psicoanálisis a causa de su "materialismo mecanicista".

Algunas citas, sacadas de un artículo cuyo título: "El fin del psicoanálisis" es por sí solo suficientemente explícito, pueden servirnos para ilustrar la vehemencia de sus ataques.

El psicoanálisis conocerá probablemente el mismo destino que la frenología y el hipnotismo. Como ellos, pertenece al pasado. El camino de los descubrimientos reales de la ciencia efectiva del hombre no pasa por los "atajos" sensacionalistas del psicoanálisis. Pasa por el estudio preciso de los hechos fisiológicos e históricos, a la luz de la concepción cuya solidez se ve garantizada por el conjunto de las ciencias modernas de la naturaleza. (Politzer, 1939; republicado en 1969; p. 302)

He aquí un teórico del marxismo, reconocido y glorificado por toda la izquierda francesa, lanzando dardos mortales contra la doctrina de Freud. ¿Por qué no fue escuchado? Seguramente porque, a pesar de que su "psicología concreta" no coincidía exactamente con el conductismo de su época, la posición de Politzer hubiese probablemente desembocado, si los nazis no le hubiesen asesinado tan joven, en los postulados conductistas actuales que sus escritos contienen ya en germen (recuerde el lector sus

alusiones al mito de la vida interior, mito ampliamente denunciado por Skinner años más tarde). Naville, en un artículo titulado precisamente "Itinerario de Georges Politzer" escribe:

Politzer había estudiado Watson de cerca, pero su juicio es más bien el de un filósofo que el de un psicólogo.

(...) "De hecho -dice Politzer- no hay más que una sola tentativa sincera de psicología objetiva: el conductismo tal y como resulta de las ideas fundamentales de Watson. Han sido necesarios cincuenta años y los sucesivos fracasos de Wundt, Bechterew y otros, la revelación del carácter mitológico de la psicología fisiológica tan pronto como sale del campo de la fisiología de las sensaciones, para que, del estudio de la conducta animal, surgiese por fin una concepción positiva en el sentido riguroso del término.

El gran mérito de Watson (...) es de haber comprendido al fin que el ideal de la psicología, ciencia de la naturaleza, implicaba una renuncia absoluta y sin condiciones de la vida interior. Hasta entonces, las psicologías objetivas sólo lo eran en los prefacios y tenían por costumbre introducir de nuevo en el texto, con mayor o menor ingenio, las nociones introspectivas; Watson ha comprendido que la actitud sinceramente científica exigía que se hiciera tabla rasa de todo cuanto es introspección y espiritualidad, y consiguió aquello que había escapado a los más grandes campeones de la psicología objetiva: *llevar hasta el final la exigencia de objetividad en psicología*. Así, el conductismo aporta una revelación de valor definitivo, a saber, que sus predecesores en psicología objetiva, los Wundt, los Bechterew y los demás, son comparables a unos peripatéticos que quisieran pesar el diáfano y estudiar a través de la estromboscopía el paso de la potencia al acto.

Pero a pesar de que llegue a presentar una concepción de la psicología por fin conforme al ideal de la objetividad, la tentativa de Watson se halla marcada por la misma insuficiencia que sus predecesoras: salva la objetividad, pero pierde la psicología. La prueba es que, apenas Watson ha empezado a sacar las consecuencias de su descubrimiento, los psicólogos americanos se han puesto enseguida a la búsqueda de un "conductismo no fisiológico".

De hecho, sólo la conducta y su mecanismo observado desde fuera pueden interesar a un conductista en el sentido propio de la palabra. Pero, entonces, la psicología es tan objetiva que se ahoga, por decirlo así, en la objetividad, y todo lo que el conductismo podría enseñarnos sería del orden de la mecánica animal. . ."

Vemos pues que, ya en 1927, Politzer había dirigido contra el conductismo la objeción que es hoy retomada por Sartre, Merleau-Ponty y su escuela. Pero Politzer estaba realizando una búsqueda que lo llevó mucho más lejos que estos metafísicos. (Naville, 1946; este artículo sólo aparecen en la 2a. edición de la obra, en 1948; pp. 299-301).

A pesar de estas y otras contradicciones, propias a un sistema que está aún forjándose (véase igualmente el comentario de Lefebvre, 1957, al respecto) Politzer llega, en palabras de Naville:

(...) a hacer el paso decisivo. Dirá que la psicología concreta es la psicología materialista. Y que el materialismo en cuestión es el que desarrollaron Marx y Engels, el materialismo dialéctico. (Naville, 1946; 2a. ed., 1948; p.305)

En todo caso, en los años treinta, Politzer tiene ya muy claro que el psicoanálisis, dado su carácter idealista, no puede ir de par con el marxismo. Así, ya en 1933 denunciaba la "sociología psicoanalítica" puesto que pretende:

(...) explicar la lucha de clases gracias a los complejos y remplazar la revolución por una cura psicoanalítica. (Politzer, 1933; republicado en 1959; p.263)

Más adelante, en una interesantísima y dura réplica al "freudo-marxista" de su época, Jean Audard, Politzer añade:

Contrariamente a la pretensión que consiste en querer hacer de ella una ciencia, la teoría psicoanalítica es *un sistema filosófico*, construido a partir de un cierto número de hechos, de los cuales se debería, por cierto, verificar la lista, pero que, en todo caso, son, hoy en día, completamente aplastados bajo el pesado almodrote de las elucubraciones. Pero la mera existencia de la *sociología freudiana* basta para hacer de Freud un filósofo, en el

peor sentido de la palabra, puesto que, de manera evidente, la "sociología freudiana" ha sido puramente inventada gracias al proceso de transposición, pura y simplemente abstracta, al plano social de las teorías que conciernen la psicología individual. Pero, sin embargo, nuestro freudo-marxista lo cree sin prueba alguna.

Así pues se lee a Freud, Rank, Ferenczi, Kolnoy, Floumoy, Lafargue, Marie Bonaparte y se les cree. Se encuentra que la "libido" es el principio explicativo de los hechos psicológicos y de los hechos sociales, el fundamento de la psicología y de la sociología, y se les cree, y se cree todo esto sin prueba alguna. Pero se ignora o se escamotea el hecho de que *la libido es el instinto sexual concebido a través de la filosofía energetista*.

Freud ha querido explicarlos hechos que ha descubierto: la importancia de las preocupaciones sexuales, el simbolismo de los sueños y de los síntomas neuróticos (los hechos que ha descubierto o que cree haber descubierto. La mezcla de la teoría y la práctica es tal en el psicoanálisis que es imposible creerse, sin más, a los psicoanalistas, incluso cuando se trata de *hechos*). Freud ha querido pues explicarlos. Pero no poseía ningún método seguro y coherente. La cultura de Freud, es la "cultura general" burguesa "clásica" (latín, griego, literatura burguesa), la cultura médica igualmente clásica, tal y como puede existir en un médico cualquiera. Nunca, en ningún momento, fue más allá de los límites de la cultura burguesa literaria y médica, contrariamente, por ejemplo, a Marx y Engels. Así pues, no tiene ni remota idea del método dialéctico. Por otro lado, el psicoanálisis no comporta la aplicación de ninguno de los métodos científicos por los cuales la dialéctica hubiese podido introducirse "inconscientemente": el psicoanálisis no se sirve ni de las matemáticas, ni de la física, ni de la química, ni de la fisiología, y, contrariamente a lo que cree Jean Audard, no las utilizará nunca, puesto que el psicoanálisis sólo puede desarrollarse hacia lo alto, la puerta de la materia le está cerrada. Pero ¿no ha puesto de manifiesto el psicoanálisis la dialéctica original de los hechos psicológicos? Se ha hablado mucho, en efecto, a propósito del psicoanálisis, de la *dialéctica de las tendencias*, y Jean Audard nos habla de la "dialéctica del principio de placer y del principio de realidad". Pero el "principio de placer" y el "principio de realidad" son *abstracciones* que se pretende poner al mismo nivel que los principios fundamentales de las ciencias, como el "principio de inercia"; son, en realidad, calcados sobre el modelo de los principios metafísicos, como el "principio del bien" y el "principio del mal". Ahora bien, no basta con hacer pelear entre sí unos principios abstractos para ser un dialéctico.

Nuestros freudo-marxistas leen "lucha" y dicen "dialéctica". Pero la dialéctica no es la estrategia de las batallas entre entidades metafísicas. Es, como lo dice Engels "la ciencia de las leyes generales del movimiento tanto del mundo exterior como del pensamiento humano" (Fuerbach; p. 92). Y "la dialéctica de la idea no llega a ser nada más que el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real (ídem). Así es que no basta con proyectar, como lo hace el psicoanálisis, un mundo mitológico detrás del mundo real y representar en él unos "principios", o como dice a menudo Freud, unas "instancias" (como la "censura", el "preconsciente" etc.) en lucha. Hacer esto es hacer, en el mejor de los casos, dialéctica idealista, pero no dialéctica materialista. La sola presencia en el vocabulario psicoanalítico de palabras como "conflicto", "lucha", y sus sinónimos ha sido suficiente para hacer olvidar a nuestros freudo-marxistas la diferencia entre la dialéctica que anda con sus pies y la que anda con su cabeza⁷. Puesto que les hablaban de "conflictos", de "lucha", no se han parado a saber si les hablaban de este conflicto y estas luchas que son el conflicto y las luchas *reales*, o de "conflictos" y "luchas" que no existen más que en la cabeza de los psicoanalistas. Puesto que, de manera sistemática, los psicoanalistas han transformado los conflictos y las luchas reales en conflictos que no existen más que en su cabeza. Naturalmente que existe un "conflicto" entre un desarrollo sano del instinto sexual y el orden social imperante, pero este conflicto real, los psicoanalistas lo han transformado en un conflicto ideal entre instancias psicoanalíticas.

El resultado normal y la expansión completa de esta tendencia se encuentra en la sociología psicoanalítica, en la que la lucha de clases, "conflicto" real, se traduce por un conflicto ideal entre instancias psicoanalíticas.

Construyendo su mundo ideal tras el mundo real, Freud ha seguido la influencia, no de las corrientes científicas y filosóficas más avanzadas, sino de los más reaccionarios. Un hecho más que se les ha escapado a los freudo-marxistas. (Politzer, 1933; republicado en 1969; pp. 269-272)

⁷ Juego de palabras difícil de reproducir. Nota del traductor.

El psicoanálisis no es pues ni dialéctico ni materialista. Es un *energetismo* con una coloración particular proveniente de la falsificación energetista del instinto sexual. Es un energetismo, y, como todo energetismo, idealista, y, en última instancia, antimaterialista y antidialéctico. Si hay que comparar a Freud con alguien, será con Ostwald y no con Marx. Hay que añadir además que este energetismo es puramente mitológico, no sólo en su orientación, sino en su contenido también. Todo el energetismo libidinoso del psicoanálisis es una invención mitológica.

(...) Nuestros freudo-marxista no buscan un materialismo consecuente; no se preocupan del carácter evidentemente idealista y reaccionario de la sociología psicoanalítica. Esta reducción a la sexualidad es una garantía suficiente de materialismo.

(...) Quitad, por un instante, la palabra libido del psicoanálisis; substituida por el símbolo "energía X"; el espejismo engendrado por la intervención de la sexualidad desaparecerá y veréis que os halláis en presencia de una maquinación psicológica como los psicólogos las construyen tan a menudo, a veces según un modelo, a veces según otro. (obra citada, pp. 274-275).

Pero es al mismo tiempo una sociología idealista extremadamente reaccionaria: las aspiraciones del proletariado se reducen a la energía libidinoso al igual que las aspiraciones burguesas. En compensación de la explicación libidinoso de la religión, el psicoanálisis ofrece a la burguesía la explicación libidinoso del socialismo. La revolución social ya no presentará unas bases *objetivas*, sino solamente bases subjetivas libidinosas. (El curioso que Jean Audard, que polemiza con Stolianov, no haya respondido al argumento, que cita sin embargo, según el cual el psicoanálisis cubre con un velo la lucha de clases). La sociología psicoanalítica aparece así como un contra-veneno contra la sociología marxista.

(...) afirmar la sociología freudiana es negar la sociología marxista, y colocar las dos sociologías en paralelo no es más que una forma hipócrita de esta negación. Es completamente falso que los freudianos se esfuerzan en desvanecer ilusiones. Se esfuerzan en crearlas. La sociología freudiana intenta, por todos los medios, crear la ilusión que lo único que existe en la sociedad son las tribulaciones del instinto sexual. ¿La lucha de clases? Libido!

No nos es posible aquí extendernos más sobre el particular.

Pero la sola existencia de la sociología psicoanalítica muestra que la cuestión no es freudismo y marxismo, sino freudismo o marxismo. Lo que se tenía que demostrar no es el carácter materialista del psicoanálisis, sino su carácter antimaterialista.

El freudismo no es pues una doctrina materialista, sino idealista. Sólo con la ayuda de toda clase de falsificaciones del materialismo puede atribuirse un carácter materialista. Es precisamente por este motivo que el freudo-marxismo no es más que una tentativa de falsificación del marxismo.

El psicoanálisis no es una doctrina anticapitalista ni antiburguesa. Lo que la evidenciación del factor sexual podía comportar de "antiburgués" ha sido completamente liquidado por la teoría de la libido. En cambio, gracias al desarrollo de esta teoría y a sus aplicaciones sociológicas, el psicoanálisis ha conquistado un rango entre las doctrinas de las que la burguesía puede servirse y se sirve efectivamente para combatir el marxismo. El psicoanálisis ha enriquecido incontestablemente el arsenal ideológico de la contra-revolución, lo que explica que, en su conjunto, la burguesía se ha reconciliado con él. Por ejemplo, en Francia, donde los representantes de la ciencia oficial lo combatieron después de la guerra, en particular con argumentos patrioteros e incluso antisemitas, el psicoanálisis es hoy en día muy bien visto. (...) La burguesía ha comprendido perfectamente los servicios que el psicoanálisis puede prestarle.

Objetivamente, el freudo-marxismo es precisamente el instrumento de esta explotación del psicoanálisis contra el marxismo. Confusionismo de los más típicos, el freudo-marxismo no es más que una máscara grosera para el ataque contra-revolucionario contra el marxismo, (obra citada, pp. 278-280).

Diríase que nuestros freudo-marxistas actuales no han leído estas páginas, escritas sin embargo por una personalidad que nadie atrevería a discutir. Y por "freudo-marxistas actuales" debe entenderse no solamente aquellos que militan activamente por una doctrina freudo-marxista, como la de William Reich por ejemplo,⁸ sino todas aquellas personas -que forman la casi totalidad de la "inteligencia" de

⁸ Nótese que Politzer escribe lo que precede en 1933, mientras que *La Resolución Sexual*, obra en la que Reich expone su freudo-marxismo, es de 1936. ¿Desconocía el autor la posición de Politzer al

izquierda francesa- que comulgan con el psicoanálisis y con el marxismo, más o menos separadamente, considerando que Marx y Freud son los dos faros incontestables del archipiélago progresista.

La corrosiva crítica de Politzer parece ser tomada en consideración en los primeros años de la postguerra (la postguerra de la que nos hablaba Politzer en su texto era la de la primera guerra mundial, evidentemente) por un grupo de psiquiatras que firmaron una especie de manifiesto titulado: "El psicoanálisis, ideología reaccionaria", cuya finalidad era "contribuir a denunciar toda forma de obscurantismo", y que empieza así:

El psicoanálisis, considerado en su conjunto, en 1949, aparece en primer lugar como una ideología que se está intentando hacer penetrar en los más amplios estratos sociales gracias a la utilización de los métodos de propaganda más diversos.

Un cierta prensa, un cierto cine, cultivan el esnobismo del psicoanálisis. La técnica analítica es objeto de tentativas de utilización de parte de la clase opresora, a su provecho, en los conflictos sociales. En USA, no se esconde que se atribuye al psicoanalista o al psicotécnico de inspiración analítica el mágico poder de atenuar, o de resolver, los conflictos del trabajo. Auténticos psicoanalistas tienden a presentar como mórbidas las conductas humanas que se proponen transformar el orden social. Congresos de técnicos se atarean a estudiar problemas que dependen exclusivamente del ámbito político. En Londres, en 1948, el problema de la "ciudadanía mundial" se enlaza con el de la agresividad y el de la culpabilidad. Las soluciones se orientan hacia proposiciones a la Organización Mundial de la Salud, en visitas a una encuesta sobre la "salud mental de los pueblos", presentando los conflictos del mundo moderno como hecho patológicos.

La orientación política que representan estas tendencias ha suscitado, entre los medios psiquiátricos, una oposición bastante general, en nombre de una actitud científica que no acepta apartarse de su misión y dejar pervertir su carácter. Esta protesta había tenido un eco bastante profundo en el Congreso de Londres, pero fué asfixiada.

Esta explotación sistemática del psicoanálisis, sus intervenciones directas en el terreno donde la lucha de clases se encuentra mejor caracterizada, la importancia de los apoyos económicos de los que dispone, han situado abiertamente el problema a nivel político. Las fuerzas de progreso y de paz se han sentido obligadas a inquietarse de una tal situación, a investigar en qué medida se desarrollaba, bajo el manto de una actividad pretendidamente científica, un ideología que implica finalidades más o menos proclamadas de conservación o de regresión social, y, eventualmente, a desenmascarar la contribución, deliberada o no, aportada por estos oscuros caminos a la amenaza de guerra y a la opresión de clase.

En estas condiciones, nosotros, a quienes la práctica científica y profesional nos pone en contacto permanente con los problemas planteados por el psicoanálisis, que estamos igualmente comprometidos en la lucha por la liberación del hombre, teníamos el deber de aclarar "la cuestión del psicoanálisis". (Bonnafé *et al.*, 1949; pp. 57-58)

Sin renegar totalmente (no se les puede pedir demasiado) "las adquisiciones positivas que Freud y sus sucesores han aportado a nuestras técnicas y al conocimiento del hombre" (p. 58), los firmantes presentan a sus lectores unas reflexiones críticas sobre lo que podríamos llamar "usos y abusos del psicoanálisis"; los títulos de los capítulos que constituyen el artículo son contundentes: "el contenido de clase del psicoanálisis"; "una doctrina mistificadora"; "una concepción idealista de las relaciones individuo-sociedad"; "una técnica esotérica", etc. Los autores, refiriéndose explícitamente a Politzer, llegan a conclusiones muy vecinas de las suyas, como lo demuestra el siguiente párrafo:

Cuando se sigue la teoría psicoanalítica hasta su raíz, se encuentra, de hecho, la conciencia de un individuo solitario. En la práctica, este individualismo implica la negación de toda posibilidad de transformación del orden social. El individuo es entregado atado de pies y manos al orden establecido en cuyo seno se le hace creer en su libertad. Como lo dice Hesnard, se trata de "*un individuo que se siente libre incluso en el estreñimiento social necesario*".

Parece paradójico que, en estas condiciones, algunos hayan creído ver en el psicoanálisis una concepción dialéctica que podría incluso confirmar el socialismo. El

argumento se encuentra en el hecho de que se intenta hacer pasar la oposición metafísica de los instintos de muerte y los instintos de vida por una contradicción dialéctica. De esta misma manera son presentadas las relaciones entre individuo y sociedad. He ahí el origen de las hablaturías sobre la "síntesis del marxismo y del psicoanálisis". (obra citada, p. 68)

Y la conclusión general a la que llegan los autores de este manifiesto no es menos categórica:

(...) la crítica radical que hemos hecho del psicoanálisis no deja lugar alguno para el eclecticismo.

Si Freud y sus alumnos tuvieron el mérito incontestable de revelar a los psiquiatras la importancia de ciertos hechos, dichos hechos toman un sentido nuevo tan pronto como se les desvincula de la doctrina psicoanalítica para situarlos en su sitio en la vida real. (obra citada, p. 70)

Las últimas frases del artículo constituyen un llamado a:

(...) elaborar unas técnicas de formación psiquiátrica que no sean de tipo iniciáticas y unas terapéuticas psicológicas desmitificadas, (obra citada, p. 72)

Desgraciadamente, los ocho psiquiatras parisinos, así como Georges Politzer, clamaron en el desierto. La primera tentativa de relegar, *en nombre del marxismo*, el psicoanálisis a los limbos del idealismo reaccionario no consiguió cuajar y es hoy prácticamente desconocida en Francia, (en Italia sin embargo, una reciente y muy bien documentada tesis -Barbieri Hermitte, 1982- ha sido consagrada a Georges Politzer; nadie es profeta en su tierra...).

Hablemos ahora brevemente del segundo autor que queremos comentar aquí, a saber, Henri Wallon (1879-1962).

Junto con Jean Piaget, Wallon es el especialista más conocido de la psicología genética y evolutiva en el mundo francófono, mientras que, en los otros países, contrariamente a Piaget, es casi desconocido. Reuniendo la doble formación de filósofo y médico (como la mayoría de psicólogos de su generación), Wallon defiende su tesis en 1925 y sus obras principales aparecen entre esta fecha y los años cuarenta aproximadamente, aunque su primer texto es de 1903 y el último del mismo año de su muerte (1962). En total, se le conocen 264 títulos (conferencias, artículos, libros, etc.)

En 1931 se inscribe en el "Círculo de la Rusia nueva", y en 1942, después de la ejecución de Politzer, se afilia al partido comunista francés (clandestino en aquel entonces, evidentemente) y se une a la resistencia francesa contra el invasor alemán. Oficialmente, se le considera como un psicólogo marxista. El también psicólogo marxista René Zazzo, sucesor de Wallon, escribe en la presentación de un libro (de hecho, una compilación de artículos) titulado: *Psicología y Marxismo*:

Al principio quería titular esta compilación: "Henri Wallon". He aceptado sin embargo el título: *Psicología y Marxismo* propuesto por el editor porque he pensado que el propio Wallon lo hubiese aceptado. El primer tratado que dirigió se titulaba "A la luz del marxismo" (1935), y en varios artículos definió explícitamente su metodología como materialista dialéctica. (...) Wallon fué el primero a iluminar con la luz del verdadero marxismo los caminos de la psicología; la psicología, la ciencia más difícil, puesto que las ilusiones de la subjetividad encuentran en ella su última refugio; puesto que, dadas la insatisfacción y la impaciencia que nos hacen sentir, es propicia a todos los misticismos, a todas las imposturas.

Wallon es la introducción y la ilustración del método marxista en materia de psicología. (Zazzo, 1975; pp. 7-9)

A nuestro juicio, Wallon fué un psicólogo y un militante del partido comunista francés, pero nada nos prueba que su obra psicológica hubiese sido esencialmente distinta si hubiese militado en un partido no marxista, o simplemente, si no hubiese tenido militancia política alguna.

Esta afirmación sería sin duda discutida por Zazzo, quien se queja del hecho de que los psicólogos consideran Wallon como un psicólogo a secas y los marxistas como un camarada, pero pocos⁹ parecen

⁹ Así, el famoso teórico del marxismo Roger Garaudy (actualmente alejado del partido comunista) publicaba en 1959 un artículo sobre la obra de Wallon en una revista del partido (*Cahiers du communisme*); por otro lado, los países del bloque soviético publicaron a menudo trabajos elogiosos sobre Wallon, como por ejemplo: ANTSIFEROVA, L.L.: Henri Wallon, psicólogo francés progresista. *Cuestiones*

tomar en serio su "introducción del método marxista al campo de la psicología". Después de denunciar el hecho de que si Wallon no es suficientemente conocido a través del mundo es, en primer lugar, porque se trata de un marxista (argumento ciertamente discutible), Zazzo añade:

Pero es evidente que no es este el obstáculo esencial al conocimiento y a la comprensión de la obra de Wallon.

Una ciencia verdaderamente marxista es difícil de admitir, difícil de comprender, no sólo por parte de los adversarios sino por parte de los marxistas mismos.

Si el marxismo de Wallon es demasiado a menudo considerado como una opción política sin gran relación con su obra, es porque, a causa de diversas razones, la solidaridad que une política y ciencia no es fácilmente comprendida.

La clase obrera honra a Wallon como camarada, como un gran hombre de ciencia, pero sin poder acceder todavía, por supuesto, a la comprensión íntima de su obra.

El mundo científico honra a Wallon como un colega de valor pero sin querer y sin poder en general acceder a la perspectiva marxista que confiere a su obra su plena significación.

Y, por otra parte, ¿puede decirse que *los mismos* intelectuales marxistas hayan realizado el esfuerzo necesario de comprensión? Es más fácil, claro, hablar de marxismo que hacerlo. Es más confortable repetir fórmulas hasta la saciedad que comprender el marxismo en sus creaciones nuevas.

(...) Quisiera pues mostrar que el marxismo no es, para Wallon, sobreañadido a su obra científica como un simple pensamiento generoso, y menos aún, como el marco de un dogma. Que es el movimiento mismo de su obra, el método gracias al cual Wallon pudo romper todo tipo de contradicciones doctrinales para alcanzar las contradicciones mismas de las cosas, para abastar el espíritu humano en toda su complejidad. (obra citada, pp. 126-127)

El último párrafo nos parece traducir más bien el entusiasmo y la admiración del discípulo que la verdad objetiva. No hablemos ya de la mentalidad que presupone la frase acerca de "la clase obrera, que honra a Wallon como camarada, como un gran hombre de ciencia", sin entender "por supuesto" (!!!) ni un ápice de su obra.

Pero a pesar de la vigorosa defensa que Zazzo hace del carácter marxista de la psicología de su maestro, nuestra opinión concuerda más bien con la de Pierre Naville, quien, en el transcurso de una de las conversaciones que hemos sostenido con él, nos confiaba que el marxismo de Wallon era un poco como "la fé del carbonero", expresión francesa para indicar una adhesión ciega, acrítica, emocional y simplista a una ideología, sin haberla realmente madurado, un poco como la religiosidad de los campesinos sencillos. Y el juicio de Naville sobre Wallon tiene una validez considerable puesto que, por un lado, Naville entró en el CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) gracias a Wallon (a pesar de sus discrepancias político-ideológicas -hecho que habla muy a favor, la verdad sea dicha, de la honradez de Wallon- y a pesar de trabajar en ámbitos diferentes) con el cual tuvo pues un trato suficientemente profundo y prolongado (a parte del conocimiento de su obra escrita, evidentemente) como para conocerlo a fondo; por otro lado, Naville es, entre otras cosas, un teórico del marxismo y un filósofo de talla, lo que le confiere una-respetable autoridad en la materia.¹⁰

En todo caso, nos parece indiscutible que Wallon no ha sido el hombre a través del cual la psicología experimental se asentó en el campo del pensamiento progresista, ni a nivel del gran público ni a nivel de los especialistas. Es muy posible que él, personalmente, llegase a una síntesis "sui generis" honrada e intelectualmente interesante, pero sin ninguna repercusión durable en el círculo de la psicología francesa.

de Psicología. 4, 93-99, Moscú 1955 (en ruso); GONTCHAROV, N.K.: Henri Wallon, científico célebre y hombre político. *Pedagogía Soviética*. 8, 3-15, Moscú 1959 (en ruso); KISS, T.: A la ocasión de los 80 años de Henri Wallon. *Realidades*, 74-78, Budapest 1960 (en húngaro), etc.

¹⁰ Evidentemente, el lector puede aplicar a esta afirmación el comentario de ser más bien dictada por el entusiasmo y la admiración del discípulo que por la verdad objetiva, comentario con el cual criticábamos ciertas afirmaciones de Zazzo. Pero cualquiera que conozca a fondo Pierre Naville puede corroborar ampliamente nuestro juicio. (Quizás cuando este papel llegue a manos del público, una importante editora mexicana habrá ya sacado al mercado la traducción de una de las obras de Naville -*Psicología, marxismo y materialismo*- que permitiría un mejor conocimiento de este autor por parte de los lectores latinoamericanos; en el momento de escribir estas líneas, los trámites parecen bastante adelantados).

Por otro lado, y a pesar de su postulado materialista y de su rigurosa exigencia metodológica, los vocablos tales como "psiquismo", las dualidades cuerpo-espíritu, físico-mental, alma-cuerpo, etc., aparecen a menudo en sus escritos.

Uno de los pasos más difíciles a dar por la psicología es el que debe unir lo orgánico y lo psíquico, el alma y el cuerpo. (Wallon, 1958; citado por Zazzo, 1975; p. 19).

Cierto, leyendo de cabo a rabo una de sus obras principales, cuyo evocador título (*Del acto al pensamiento*) nos había seducido, se puede encontrar un par de afirmaciones de aire conductista:

El sujeto es considerado únicamente a través de su conducta, en estrecha relación con las circunstancias que le hacen reaccionar. (Wallon, 1942; reedición de 1970; p. 41)

El efecto no es exterior al acto, es a la vez su resultado y su regulador. (obra citada, p. 54)

Pero en la práctica, como el mismo Zazzo lo reconoce:

El enfoque walloniano no concede evidentemente a la experimentación un lugar privilegiado. La experimentación no es más que una etapa, totalmente secundaria, de la investigación psicológica. Por gusto, y a causa de su formación médica, Wallon es ante todo un observador. (Zazzo, 1975;p. 140)

Y, hablando concretamente del conductismo, Wallon escribe:

(...) el horizonte del conductismo es demasiado cerrado... (Wallon, 1959; p.6)

En todo caso, lo cierto es que la obra de Wallon no ha conducido a crear en Francia una corriente de psicología científica anclada en el campo del materialismo dialéctico. Esta tarea hubiese podido ser llevada a cabo por Pierre Naville. Pero como lo veremos a continuación, la empresa fracasó una vez más, y, en esta ocasión, no por falta del tiempo necesario para terminar una evolución personal, como en el caso de Politzer; no por falta de habérselo explícitamente propuesto, como en el caso de Wallon, sino por falta de audiencia, factor éste que hubiese probablemente intervenido también en los primeros casos en la eventualidad de que hubiesen progresado.

Veamos pues, con cierto detalle, la posición de Pierre Naville. Nacido en 1904 (el mismo año que Skinner) en París, de familia acomodada con raíces suizas y doble influencia católico-protestante contando en su seno antepasados de cierto renombre (como el filósofo de la ciencia Ernest Naville), el joven Pierre crece en un ambiente culto, tolerante y abierto, hasta el momento en que decide romper con el confort material del que beneficiaba y vivir su propia existencia personal.

Inscrito en la Sorbona para cursar filosofía (con biología como materia opcional) frecuenta Soupault, Breton, Aragon y, en general, aquellos que formaron el movimiento surrealista al cual participa también (pintura, poesía, etc.) hasta el punto de ser el fundador, con Benjamin Peret, de la revista *La révolution surréaliste*. Como la mayor parte de sus compañeros surrealistas, Naville se inscribe al partido comunista francés (1926) exteriorizando pronto, a través de la revista *Clarté*, su simpatía por Trotsky (era la época en que un cierto debate era todavía posible en el seno del partido). A finales de 1927 viaja a Moscú invitado con motivo de la celebración del décimo aniversario de la revolución soviética. Naville frecuenta a Trotsky (la primera entrevista tuvo lugar el día después de la expulsión de Trotsky del partido) con quien establece unas relaciones suficientemente sólidas como para llegar a ser, años más tarde, en pleno exilio del viejo luchador, su secretario particular. En efecto, en 1928 Naville es a su vez excluido del partido comunista francés y en 1929 Trotsky es expulsado de la URSS. Naville colabora activamente con Trotsky, militando en el partido que, bajo nombres sucesivos, representaba el trotskismo en Francia. Desde 1928, la revista *Clarté* se transforma en *Lutte de classes*.

Durante los años de militancia que siguen, los Naville (en efecto, Pierre se ha casado con Denise, una de las "musas" de los surrealistas franceses, por quien el poeta Eluard entre otros suspiraba profundamente) malviven de la venta de cuadros (una al año, aproximadamente) que sus amigos les habían regalado (y que hoy representarían verdaderas fortunas).

Movilizado durante la segunda guerra mundial, participa en la batalla de las Ardenas donde cae prisionero y, enfermo, es liberado y enviado al París ocupado, donde termina por fin sus estudios abandonados (le faltaba solamente el examen de psicología, que pudo pasar a pesar de no haberse

matriculado a tiempo gracias a la amabilidad de Piéron). Así, en 1942, a sus 38 años, obtiene su licenciatura.

Se inscribe luego (siempre con retraso) al Instituto Nacional de Orientación Profesional (INOP), creación del Frente Popular que, a causa de la guerra, empezaba justo a funcionar (Piéron y Wallon fueron sus fundadores), y obtiene la calificación de consejero de orientación (el mismo año en que terminó, saliendo primero de promoción, Maurice Reuchlin, actual director del INOP, del que hemos hablado antes).

Debido a los "problemas" causados por la condición judía de Denise, los Naville pasan a la "zona libre" donde Pierre elerce su nueva profesión (en Agen concretamente) a partir de enero de 1943, participando discretamente en la Resistencia hasta la liberación de París, momento en que vuelve a su ciudad natal y entra, gracias a Wallon, en el CNRS, que conoció, después de la guerra, un gran desarrollo.

Durante todos estos años, Naville no ha cesado de interesarse a la "nueva psicología" surgida en los Estados Unidos y que le parece como la única compatible con el marxismo, que ha estudiado y conoce muy a fondo. Pero no sólo no existía en aquella época ninguna traducción francesa de Watson (ya hemos señalado que, hoy en día, sólo existe una, de difusión reducida) sino que ni siquiera los originales circulan por el país. El es quien los hace venir y emprende la tarea de traducción. Cuando un par o tres de sus obras estaban ya listas para ser entregadas al editor, la ocupación alemana hace imposible tal proyecto con la prohibición de editar autores anglosajones. Naville decide entonces escribir él mismo un libro de divulgación exponiendo de manera sistemática el conductismo watsoniano, burlando de esta manera la censura nazi.

El libro, titulado: *La psicología de la conducta* aparece en 1942, y su reedición de 1963 se sigue vendiendo aún hoy en día. Puede decirse que todo cuanto los franceses saben sobre el conductismo de Watson lo han sacado de este libro, en el cual Naville afirma ya, de manera rotunda, su posición:

El conductismo considera ante todo que el ámbito real de la psicología no consiste más que en los movimientos observables. Sólo se pueden formular leyes, sólo se pueden practicar medidas, acerca de cosas observables, directa o indirectamente. Y lo que podemos observar es la conducta, a saber, lo que un organismo hace y dice. (Naville, 1943; reedición de 1963; p.23)

En el prólogo de la reedición de 1963, Naville insiste:

Comportarse es actuar, o conducirse, de una cierta manera. Estudiar la conducta, el comportamiento, he ahí el objeto de la psicología. La psicología se ha transformado en una verdadera ciencia de la conducta, no sólo de los seres humanos, sino también de los animales y, en general, de los seres calificados como vivos. (Obra citada, p. 7).

Después de su inserción en el CNRS, su labor deriva paulatinamente hacia la sociología (sociología del trabajo, sociología política, etc), terreno que le acerca a sus actividades políticas nunca interrumpidas totalmente. Miembro fundador del Partido Socialista Unificado (PSU), de orientación autogestionaria, ecologista, y de izquierdas, Naville no ha abandonado jamás el aspecto militante de su combate ideológico. Un extracto de su lista de publicaciones nos ayudará a seguir su itinerario y a darnos cuenta de la diversificación de sus centros de interés.

La revolución y los intelectuales (1928); *La psicología de la conducta* (1942); *D'Holbach y la filosofía científica en el siglo XVIII* (1943); *Teoría de la orientación profesional* (1945); *Psicología, Marxismo y materialismo* (1946); *La China futura* (1952); *El intelectual comunista* (1961); *Trotsky vivo* (1962); *El tiempo de lo surreal* (1977); *Sociología y Lógica* (1982), etc.

Como lo acabamos de ver, el itinerario político de Naville es inequívoco y le sitúa sin duda alguna en el campo de la izquierda (o de la extrema izquierda, según la manera de pensar del lector); su itinerario filosófico es mucho más complejo y su evolución continúa aún hoy en día, pero un cierto número de ideas de base aparecen como una constante en su obra: la defensa a ultranza del materialismo monista y del determinismo.

Cualesquiera que sean las distancias que desde hace ya tiempo ha tomado con el marxismo oficial, el cual ha sometido a una incesante crítica desde su ala izquierda,¹¹ se ha mantenido siempre fiel a los

¹¹ Vale la pena insistir en este aspecto puesto que, contrariamente a muchos autores que partiendo de una crítica del marxismo llegan a posiciones francamente reaccionarias, Naville se sitúa a la izquierda del marxismo, del "hegelo-marxismo", como le gusta personalmente decir para indicar la filiación (ne-

dos principios básicos que acabamos de citar.

Una de sus primeras obras importantes, su libro sobre d'Holbach publicado en 1943, es un canto entusiasta al materialismo monista y al determinismo que profesaban los filósofos enciclopedistas. En el prólogo de la edición de 1967, Naville nos revela el objetivo de su libro:

Al volver de la captividad me había lanzado de nuevo al estudio de la psicología de la conducta, la que había sido producida en América bajo el nombre de *conductismo*. Encontraba en ella concepciones ya entrevistas en la obra de Cabanis, de Diderot. Pero ¿d'Holbach? Era casi un desconocido, a pesar de haber sido, como es sabido, "le maître i penser" filosófico de Sade, el comensal de Diderot. Me puse pues a buscar sus libros, y luego los de sus predecesores, los de sus colegas. Al fin de cuentas, realicé simultáneamente una disertación sobre la nueva psicología y un estudio histórico sobre el singular barón. Estas piedras angulares eran sólidas. (...) Lo que comprendí rápidamente es que los materialistas del siglo XVIII (designados en su tiempo como *filósofos o enciclopedistas*) eran objeto de una verdadera falsificación cuyos principales responsables eran los metafísicos del siglo XIX, y, particularmente, Hegel y su pandilla. Los otros eran la Iglesia cristiana y esta iglesia industrial y comercial que fué la burguesía europea del siglo XIX, capitaneada por las universidades fabricadas a su imagen.

(...) Sin embargo, las circunstancias me impidieron tratar el tema como yo lo hubiese deseado. La censura no toleraba incursiones en el terreno del marxismo. No podía añadir al discurso la controversia siempre necesaria entre la filosofía hegeliana y la filosofía de las Luces. Tuve que contentarme con algunas alusiones e incluso algunas supercherías, restituyendo a Lenin y a Plekhanov sus verdaderos nombres, menos conocidos, de Ulitch y Beltov, por ejemplo, o deslizando en el texto algunas frases de Engels que nadie reconoció. (Naville, 1967; p.7-8)

No nos atardaremos aquí a entresacando citas elocuentes, puesto que el libro desborda de ellas. Solamente quisiéramos llamar la atención del lector sobre un capítulo que el propio Naville titula: "Psicología: materialismo y conductismo". Nótese que atreverse a dar tal título a un capítulo de un libro que nos habla de un enciclopedista del siglo XVIII demuestra tener una idea muy clara en la cabeza: la filiación directa del conductismo respecto a "los padres" del materialismo moderno. Permítasenos pues un breve mosaico de citas sacadas de este interesante capítulo:

Con el capítulo VI del *Sistema de la Naturaleza* (1770), d'Holbach aborda el estudio del hombre, es decir, del ser de la naturaleza "que más nos interesa". Y, como nos avisa enseguida, las leyes del universo físico expuestas precedentemente podrán serle aplicadas. Parémonos un momento sobre esta audacia. Es evidentemente en este terreno que el materialismo y el ateísmo debían hacer sus pruebas con mayor originalidad. Después de todo, la gente ya no se asombraba de que la física se ocupase del universo material dejando de lado la intervención de un Creador: Copérnico, Galileo, Descartes habían abierto el camino. Los físicos, luego los químicos (después de los geómetras) "separaban así el alma de sus probetas", como dice Watson. (...) Pero todo esto concernía al universo físico. (...) Pocos fueron sin embargo quienes se decidieron a incluir al hombre (y su pensamiento) en este mecanicismo universal y sacar de ello todas las inevitables consecuencias. La empresa era así más arriesgada, aunque llena de sorprendentes resultados. Tal empresa no tenía ya el aval de los Antiguos, para quienes había varias especies de almas, substancialmente diferentes de las ideas por cierto. Entre los modernos chocaba con Descartes, Spinoza, Leibniz. Pero la hipótesis de la monadología parecía pura conjetura; en cuanto a Descartes, su pecado capital era precisamente haber separado completamente el alma del cuerpo. En todo caso, en el siglo XVIII, nos encontramos frente a *una* sola alma, que se transformará más adelante, después de la reacción metafísica del siglo XIX, en la conciencia. D'Holbach, más claramente que La Mettrie, y al igual que Diderot, parte resueltamente, en el estudio del "hombre moral" (lo que se llamará luego psicología), de los principios que triunfan en la explicación física. Con mucha seriedad, pide que se busque "en qué puede el hombre diferir de los otros seres que lo rodean", que se "examine si no tiene con ellos puntos generales de

fasta, según él) de Max respecto a Hegel, filósofo éste que Naville considera altamente pernicioso y cuya influencia no hubiese probablemente llegado hasta nuestros días (siempre según Naville) si Marx no lo hubiese reactualizado tomándole su doctrina de la dialéctica.

conformidad que hacen que, a pesar de las diferencias que subsisten entre ellos y él en ciertos aspectos, no deja de actuar siguiendo las reglas universales a las que todo se encuentra sometido" (p. 153). Tales son las ambiciones mismas de la biología, de la fisiología y de psicología modernas, ¿es necesario repetirlo? Todo conocimiento científico en estos terrenos nos conduce a ello. Estoy leyendo estos días una reseña del libro de M. Caullery sobre *Las etapas de la biología*, de reciente publicación. J. Rostand recuerda en ella que la noción capital del determinismo, introducida en la ciencia de la vida por Claude Bernard (pero vemos que d'Holbach había pasado ya por ahí) supone que "todo fenómeno vital se encuentre necesariamente ligado a condiciones materiales que se prestaban a la experimentación y a través de la cual se podía controlar tan precisamente como si se tratara de un fenómeno de la materia bruta". M. Caullery caracteriza a su vez la etapa más reciente de la biología "por una reducción cada vez más perfecta de los procesos vitales elementales a mecanismos puramente físico-químicos, conquistas científicas éstas de importancia capital y de carácter general y definitivo". (*Nouvelle Revue française*, agosto 1941), El mismo neovitalismo no consigue salir de ahí. En fin, el conductismo tiene la ambición de aplicar el ámbito de la conducta humana ("psicología") los mismos métodos que han resultado tan fructuosos en físico-química, en biología y en medicina. Ahora bien, d'Holbach, yendo más lejos que el propio La Mettrie, sin hablar de Condillac, había extendido ya su ambición hasta ahí (...) haciendo de él un verdadero precursor de la moderna psicología de la conducta.

(...) Así, se encuentra en la psicología de d'Holbach (una vez más, el término de "psicología" es algo anacrónico): 1º.) por un lado, una mecánica asociacionista cuyas leyes son tomadas en parte de la física newtoniana (gravitación, etc.), en parte al sensualismo y al empirismo inglés; es esta la mecánica que se desarrolló más tarde con Bain, Taine, etc.; 2º.) por otro lado, una mecánica orgánica, que regula los intercambios recíprocos de influencia entre el hombre y los otros seres, animados o no (medio ambiente) incluyendo su propio cuerpo (medio interno). Estos intercambios se reducen todos a movimiento; y este movimiento trasladado a objetivos sociales (y la finalidad humana es esencialmente social) constituye lo que llamamos la conducta. Sin Providencia ni milagro alguno. El "alma" se encuentra reintegrada en el ámbito de las ciencias naturales.

(...) ¿Qué es lo que distingue al hombre de los otros seres? ¿Será el hecho de poseer una "alma"? He aquí una respuesta "conductista" y watsoniana anticipada: "El hombre ocupa un lugar entre el gran número de seres de los que la naturaleza es el conjunto (hoy diríamos "la organización". Nótese que Watson utiliza más bien sinónimos de conjunto: putting together, built up, etc.). Su esencia, es decir, la manera de ser que le distingue, le hace susceptible de distintas formas de actuación o de movimientos, algunos de los cuales son simples y visibles, mientras que otros son complejos y ocultos. Su vida es una larga serie de movimientos necesarios y vinculados, que tienen por principio, ya sea causas encerradas en su interior, tales como su sangre, sus nervios sus fibras, sus carnes, sus huesos, en una palabra, las materias tanto sólidas como fluidas de las que su conjunto o su cuerpo está formado; ya sea causas exteriores que, actuando sobre él, lo modifican diversamente, tales como el aire que le envuelve, los alimentos con que se nutre y todos los objetos con los que sus sentidos chocan continuamente y que, por consiguiente, operan en él cambios continuos", (p. 55).

No olvidemos que d'Holbach habla aquí del hombre *total*, y no simplemente de su cuerpo opuesto a su "espíritu" o alma. El hombre es un organismo, y este organismo se distingue por sus diferentes movimientos y "maneras de actuar". Está perfectamente claro, y la psicología de la conducta (conductismo) no da una definición esencialmente distinta. D'Holbach añade también (y esta adición es capital) que los movimientos pueden ser aparentes y simples, o complejos y ocultos, y que interactúan los unos con los otros. Watson habla hoy de movimientos implícitos y explícitos, del medio externo e interno. Toda la psicología objetiva se apoya sobre estas nociones. Es verdad que las completa con la intervención de un fenómeno cuyo carácter absolutamente general sólo se ha impuesto recientemente: el *reflejo*. El reflejo, condicionado o no, se encuentra a la base de todos los análisis biológicos y psicológicos. El siglo XVIII, se muestra incierto al respecto: aún no habla más que de movimientos, y, a veces, de reacciones. Pero la forma de estos movimientos se parece demasiado a la de los movimientos estudiados por la mecánica newtoniana y galileica. El papel del sistema nervioso, la cadena del arco reflejo son aún misteriosos a pesar de reconocer ya a Descartes el honor de haber hecho dibujar un primer esquema del reflejo de retirada de la mano bajo el efecto de la quemadura.

Privado de la concepción moderna del arco reflejo y de la mecánica del reflejo

condicionado, la psicología de d'Holbach se repliegara sobre un asociacionismo de las facultades, al que asignará las mismas fuerzas motrices que al sistema solar -la gravitación: atracción y repulsión deberán dar cuenta aproximadamente de lo que más tarde se llamará reacción refleja.

He aquí como se expresa d'Holbach: "Todos los movimientos o cambios que el hombre experimenta en el curso de su vida, ya sea de parte de los objetos exteriores, ya sea de parte de las substancias encerradas en él, son o bien favorables o bien perjudiciales a su ser, le mantienen en el orden o le arrojan al desorden, son ya conformes ya contrarios a la tendencia esencial a esta forma de existencia, en una palabra, son agradables o enojosos", (p. 57)

"En todos los fenómenos que el hombre nos presenta desde su nacimiento hasta su fin, no vemos más que una serie de causas y efectos necesarios y conformes a las leyes comunes a todos los seres de la naturaleza, . ." (p. 57). De paso, d'Holbach señala que si los filósofos y los teólogos han pretendido durante tanto tiempo que el hombre se sustraía al determinismo es porque creían que el hombre era el creador libre de su propia energía; el hombre "ha creído moverse él mismo", (el problema será considerado de nuevo en el capítulo consagrado al "sistema de la libertad humana") (Neville, 1943, edición de 1967 ; pp. 256-260)

En efecto, en un capítulo sobre la libertad humana, Neville-d'Holbach desarrollan una argumentación idéntica a la de Skinner en *Walden dos* (1948) a propósito de la libertad de dejar o no dejar caer una caja de cerillas de entre las manos. Juzgue el lector por sí mismo:

Se nos dirá quizás, pasando a un terreno distinto, "*que si se propone a alguien mover o no mover la mano*, acción del tipo de las llamadas *indiferentes*, parece evidente que este alguien es dueño de la decisión, lo que demuestra que es libre". Este argumento es uno de los que circulan aún hoy en día; Bergson, después de Biran, lo ha hecho famoso en el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, y se le encuentra en la mayoría de manuales escolares. Pero no vale más hoy en día que ayer. La decisión no es nunca "indiferente" varios motivos secretos pueden concurrir, aunque sólo sea el "deseo de demostrar su libertad". Al que insiste: ¿no soy yo dueño de tirarme por la ventana? d'Holbach le contesta que no, "y que mientras guarde su razón, no hay evidencia de que el deseo de demostrarme su libertad se transforme en un motivo suficientemente fuerte como para hacerle sacrificar su propia vida. (...) Un fanático o un héroe desafían la muerte de una manera tan necesaria como un hombre flemático o un cobarde la huyen", (t. II; p. 96) (obra citada, p. 300).

Así pues, a través de la obra de d'Holbach, Neville nos habla de Watson y del conductismo, presentados como los herederos de los materialistas del siglo XVIII. Un paso más es franqueado con la publicación de *Psicología, Marxismo y materialismo* (Neville, 1946).

En este libro, el problema es abordado de frente, sin los subterfugios impuestos por la censura nazi, y de manera particularmente profunda. El mejor consejo que podríamos dar al lector es el de procurarse dicha obra y leerla de arriba abajo. Para aquellos que no puedan seguir esta recomendación, intentaremos presentar una amplia selección de citas variadas con la esperanza de que sean suficientes para captar con cierta precisión la postura de Neville:

Ciertos críticos de la ciencia, e incluso ciertos hombres de ciencia, hablaron pues de la quiebra de la razón porque la geometría de Euclides y la física de Newton se transformaron en casos particulares de una geometría y una física más generales. De la relatividad al indeterminismo cuántico, nada ha sido desaprovechado, en despecho de los hombres de ciencia a menudo, para hacernos creer que el universo no se mantenía más que por la gracia de Dios. Se caía de nuevo en pleno irracionalismo, es decir, en una filosofía que no es más que la gangrena que infecta el antiguo racionalismo burgués. (Neville, 1946; p. 12)

En primer lugar, el materialismo dialéctico es un método de investigación de la naturaleza en su totalidad y no solamente del hombre; el materialismo dialéctico reintegra al hombre en la naturaleza. En este sentido, es más bien un materialismo que un puro humanismo, (obra citada, p. 14)

Marx decía que Prometeo era el personaje de la fábula antigua que prefería (...) Prometeo arrebató el fuego al cielo, niega los dioses, entrega a los hombres el control de su propio destino. Marx mezcla el hombre a la naturaleza, en condiciones determinadas, lejos de oponerle a ella o de soparle de ella. Ha subrayado el origen y el objetivo práctico del conocimiento, los intercambios incesantes entre el organismo y su medio, (obra citada, p.

15)

He aquí una expresión análoga de Engels en el *Anti-Dühring*: "Si no sacamos el "esquematismo del universo" no de nuestro cerebro, sino, solamente gracias a nuestro cerebro, del mundo real, si sacamos los principios del ser de lo que es, no necesitamos para ello la filosofía, sino sólo conocimientos positivos sobre el mundo y los fenómenos; y lo que resulta de ello, no es tampoco filosofía, sino ciencia positiva". Se hallan declaraciones de este tipo, tomadas bajo toda clase de formas, en toda la obra de Marx y Engels. En las célebres tesis sobre Feurbach, Marx concluye que los filósofos han "simplemente interpretado el mundo de manera diferente", y añade: "se trata de modificarlo". Ahora bien, una modificación del mundo, no una modificación ideal, puramente especulativa, puramente verbal, sino una modificación concreta (modos y relaciones de producción para empezar) no puede ser obra de la filosofía, sólo puede ser obra de la "ciencia positiva", pura, técnica y social (obra citada, p. 22).

El probabilismo generalizado, las relaciones de incertidumbre, la destrucción de la noción clásica de objetividad, parecen constreñir al físico contemporáneo, y, tras él, a los otros hombres de ciencia, a volver a la filosofía para encontrar por fin en ella una certeza que la naturaleza le rehúsa. Pero esto nadie puede concederle, salvo, para quienes saben contentarse con ello, una divinidad. Se hace entonces bastante difícil discernir entre lo que es preocupación epistemológica, esfuerzo para encontrar relaciones arquitecturales coherentes entre ámbitos desesperadamente dispersos del saber humano, y lo que no es más que fantasía verbal, recurso a la magia consoladora de las palabras y de viejas implicaciones gramaticales, o, más deplorable aún, satisfacción romántica o religiosa. (obra citada, pp. 27-28)

. . . ¿Cómo sostener que la forma más general de la ley de causalidad no es aplicable cuando se refiere a los hombres como objetos de los unos respecto a los otros? (obra citada, p. 76)

Si se examina [la obra de Lenin] a la luz del desarrollo moderno de la ciencia (y particularmente de la química biológica, de la fisiología y, en general, de las ciencias de la materia viva) no es *demasiado* materialista (o "mecanicista") que Lenin aparecerá, sino más bien insuficientemente. Lo que caracteriza al progreso de la ciencia es la extensión y la precisión cada vez mayores del campo de las relaciones causales, o cómo ya lo decía Hegel e incluso Maine de Biran, en quien la expresión se halla también, de *la acción recíproca* entre los diferentes sectores de la realidad física y su complejidad creciente. Guste o no guste, esto implica una *extensión de la idea de mecanicismo* y no supresión a favor de una vaga síntesis semi-materialista. Si Lenin se contentó, en 1908, de formulaciones demasiado simples, no es su pretendida concepción "mecanicista burguesa", "vulgar" que hay que atacar, sino más bien el hecho de haberse parado al lindar de los problemas planteados en el hombre por la producción del pensamiento (psicología, conductismo).

Cuando Lenin habla de las sensaciones como de "copias, fotografías, reproducciones", o de las ideas como "reflejos", se contenta con un lenguaje aproximativo, poco científico, que no implica, en realidad, ninguna conexión causal precisa, o bien que deja subsistir totalmente el misterio de esta conexión. Su excusa es de haberse limitado a reproducir fielmente expresiones análogas de Engels. (obra citada, pp. 144-145)

Engels incluye sin duda bajo el término "naturaleza" el ser humano y su función de pensar. Sin embargo, no lo especifica y, en general, ignora la psicología, el saber real sobre el pensar y la conducta orgánica. En *Dialéctica y Naturaleza*, todos sus ejemplos son sacados de la física, de la química, de la biología. (Asimismo, *Materialismo y Empirocriticismo* se esgrime ante todo con la física: la fisiología, la conducta animal, la psicología no eran aún sus competencias). "Consideramos nuevamente las ideas de nuestro cerebro desde el punto de vista materialista -escribe en *L. Feuerbach*- como siendo los reflejos de las cosas que existen realmente (...) La dialéctica fue reducida a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano, dos series de leyes idénticas en el fondo pero diferentes en su forma..." Así, Engels proclama la identidad de las leyes de la naturaleza y del pensamiento, con una relación particular: el ser determina el pensamiento. Se deduce evidentemente de ello que esta relación no podrá ser más que una relación de conexión, de causalidad, es decir, de *producción*. A pesar de esto, Engels mantiene la expresión "reflejo", y habla de "dos series" de leyes idénticas, es decir, en cierto modo, paralelas.

En el *Anti-Dühring* (cf. la Introducción), Engels admite que Hegel era idealista "porque no consideraba las ideas de su cerebro como copias más o menos abstractas de los

objetos y de los fenómenos reales"; y al mismo tiempo: "aquello que subsiste de toda la antigua filosofía y guarda una existencia propia es la teoría del pensamiento y de sus leyes - la lógica formal y la dialéctica-. Todo lo demás se resuelve con la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia". Al lado de esta observación, que parece evidentemente colocar la "teoría del pensamiento y de sus leyes" *fuera* de la ciencia positiva de la naturaleza (como lo suponíamos más arriba), Engels añade: "Si examinamos de cerca qué son el pensamiento y la conciencia y de donde provienen, encontramos que son el producto del cerebro humano y que el propio hombre es un producto de la naturaleza que se ha desarrollado en y con el medio ambiente, lo que permite entender que los productos del cerebro humano, que en última instancia son igualmente productos de la naturaleza, no estén en contradicción con el orden de la naturaleza, sino que coincidan con él". En otro lugar habla de la misma manera a propósito de la significación de las ideas: "Las repercusiones ejercidas sobre el hombre por el mundo externo se expresan en su cerebro, se reflejan en él bajo forma de sensaciones, pensamientos, impulsos, voliciones, en una palabra, bajo forma de "tendencias ideales" y se convierten de este modo en "potencias ideales".

Es fácil comprender que, desde el punto de vista expresado en este último párrafo, la "teoría del pensamiento y de sus leyes" *no puede ser situada* fuera de las ciencias positivas de la naturaleza; sin embargo, acabamos de ver que Engels parece reservar un sitio aparte, *fuera* de las ciencias positivas, a esta teoría, que constituiría sí todo lo que queda de la "antigua filosofía". Es en este desvío, en esta vacilación, que se halla toda la deficiencia de Engels; para nosotros, tiene un carácter evidentemente histórico; no es un error de principio, como Hook se esfuerza en demostrar después de Eastman, de Man y algunos más. Hablar de un terreno propio de la conciencia, compuesto de "sensaciones, pensamientos, impulsos, voliciones" etc., no tiene demasiado sentido en nuestros días. Pero no porque la psicología haya abandonado el camino monista, al contrario, porque ha empezado a apartarse del camino místico introspeccionista para entrar a su vez en el terreno del saber real (...) Ahora bien, si hay un terreno del *saber real* que se hallaba en retraso en el siglo XIX es precisamente el de la psicología, es decir, el estudio de la conducta humana. A pesar de su concepción práctico-crítica, totalmente clara y consciente, el propio Marx no habló nunca de las ideas bajo otra forma que la de "reflejos" de la realidad; en esto, Engels no difirió de él (...) La deficiencia que subsiste debe ser superada, no rechazada; y sólo puede ser superada por un estudio profundo de las condiciones concretas de la conducta, del acto de pensar, según el camino abierto por la psicología de la conducta. Seguro que entonces nuestros interesados críticos del materialismo "vulgar" redoblarán sus remilgos. Sin embargo, es únicamente por este camino que puede obtenerse el saber real que expulsa del ámbito por el que el hombre siente mayor temor, confusión, duplicidad, es decir, el ámbito de su pretendido mundo interno, los fantasmas que se desvanecen ya poco a poco gracias a la investigación rigurosa de los otros ámbitos del mecanismo universal. (obra citada, pp. 148-151).

El idealismo es, en el fondo, una proyección fantasmagórica de la impotencia humana frente a su condición de materia. (...) Hoy en día, el idealismo es un absurdo evidente, quizás una consolación; en todo caso, la metafísica idealista se ha situado al lado, en la historia de las ideologías, de las construcciones religiosas, (obra citada, p. 154)

Marx y Engels reducen su campo de trabajo (...) a un sector de la ciencia, el que exigía, por cierto, mayor esfuerzo crítico; el más nuevo, el más creador. Dejan a otros el cuidado de continuar la tarea en los otros campos, como pudo verse en efecto cuando saludaron como paralelos a los propios los trabajos de Darwin en el ámbito de las ciencias sociales, los de Claude Bernard y Berthelot en química y los de Lewis Morgan en prehistoria y sociología. (...) Marx y Engels fueron historiadores, economistas y políticos, no químicos, físicos, antropólogos, astrónomos o psicólogos... Dejaron estos terrenos a otros. (Obra citada, p. 173).

Contra esta orientación peligrosa no hay más que un remedio: invitar a los autores marxistas a preocuparse menos de la historia de la filosofía, menos de "definiciones" del materialismo dialéctico, y un poco más de ciencias particulares. La paradoja, actualmente, consiste en ver que los progresos científicos reales, es decir, el descubrimiento de nuevos procesos dialécticos reales, son obra de hombres de ciencia no-marxistas, mientras que los autores marxistas se contentan con generalidades filosóficas, por no decir metafísicas, convirtiéndose en conservadores de formulaciones y no en inventores de formas vivas. (...) Existe el peligro de ver deslizarse bajo la égida de la dialéctica toda una pacotilla para-idealista, materialista de nombre y metafísica de hecho, bajo pretexto de rehabilitarla y de

hacerla adoptar. La resurrección de Hegel de manos de los existencialistas corresponde exactamente a esta tendencia. (...) Hay que dar pues de nuevo todo su mordiente al realismo dialéctico en el ámbito de las ciencias como en los otros ámbitos, y para ello no hay más que un camino: continuar el trabajo iniciado en las nuevas ramas científicas y hacerlo progresar. Evidentemente, este trabajo no se realizará sin contradicciones menores. Esto importa poco. No existe hoy en día ámbito alguno que no experimente prodigiosos cambios totales, empezando por las ciencias físico-químicas, físico-matemáticas, la psicología, la etnología, la economía. Se ha acumulado una gran cantidad de nuevos hechos y de teorías. El idealismo y la metafísica se han apresurado a sacar partido de ello mientras que, por otro lado, la gente se contentaba con repetir las antiguas fórmulas marxistas y con resucitar a Hegel (sin que menosprecie lo que se ha hecho de interesante en este terreno). Pero no se logrará exorcizar el "indeterminismo" de la física o el existencialismo de una cierta psicología a base de parrafadas hegelianas o de ataques contra el mecanicismo, este terror siempre renaciente. Dichas teorías, tan visiblemente vinculadas a la mística general de un período de crisis aguda de la civilización, sólo pueden ser combatidas, en el pleno científico, por el examen profundo y especializado de los problemas en cuestión. Es entonces que, más allá de formulaciones hoy en día insuficientes de Hegel, revivirá con toda su fuerza un verdadero materialismo dialéctico, (obra citada, pp. 177-179)

Watson tuvo razón de decirlo claramente: el concepto "conciencia", tal y como es utilizado en psicología clásica, incluso cuando se llama experimental, no es más que el último avatar del alma, de la que la teología no ha cesado de ser la más fiel garantía. Hoy en día, nadie se atrevería a utilizar todavía el vocablo alma, salvo en teología y en literatura. Pero los, vocablos conciencia, espíritu, principio espiritual, mental, psíquico, lo substituyen muy a menudo, y, substituyéndole, no aportan demasiada claridad suplementaria.

(...) Desde un punto de vista general, el inconveniente capital de conservar la noción de conciencia autónoma (...) consiste en consagrar un dualismo insuperable en la naturaleza humana. (...) Habremos pues introducido en nuestro análisis un principio heterogéneo de explicación, este "psiquismo" que parecerá algún día tan fantasmagórico como el mismísimo flogisto, y que, después de haber permitido sin duda dar algunos pasos adelante substituyendo la filosofía a la teología, es más bien en nuestros días un obstáculo a las investigaciones serias de la psicología objetiva. Puesto que este psiquismo tiene sobre todo como efecto perpetuar un dualismo que arruina actualmente todo progreso en psicología. (...) Las formas que puede revestir el dualismo son, por otro lado, muy variadas, y los psicólogos y filósofos no nos han privado de su utilidad al respecto. Pero cualquiera que sea el modo de relación escogida entre lo psíquico y lo físico, entre el alma y el cuerpo, entre el *yo* y el *ello*, entre la conciencia y el objeto, etc., la presuposición es la misma: que hay dos elementos en juego, y que la misma existencia humana recibe toda su significación de esta dualidad, (obra citada, pp. 183-185)

Parece pues que, a menos de caer de nuevo en una variedad del idealismo, no le queda a la psicología objetiva más que un camino, el que fue abierto por el conductismo, que no considera la psicología como el estudio de los "hechos mentales", incluso determinados por el ser, sino como el estudio de la conducta observable, no sólo de los seres humanos, sino de todas las especies animales. (...) Desde este punto de vista, es necesario ensanchar las premisas de la filosofía marxista que hemos citado anteriormente y lanzarse directamente a la escuela de la experimentación, dejando de lado las investigaciones puramente verbales. (obra citada, p. 187)

Los fenómenos químicos y biológicos, por ejemplo, entraron en la vía del progreso el día en que los hombres de ciencia se pusieron a su vez a tomar a las ciencias exactas lo que podía convenirles de sus métodos. ¿Es necesario recordar a Claude Bernard? (...) La psicología, a su vez, sólo ha hecho serios progresos cuando ha empezado a liberarse de las viejas especulaciones teológicas sobre el alma y su divina libertad, de la que el psiquismo "autónomo" no es más que un derivado bastante insípido. Todo esto era "mecanicismo" según los idealistas. ¿Cómo? ¿Uds. quieren reducir este milagro que es el crecimiento de una planta, la adaptación de un animal o la actividad de un niño a los principios que regentan el choque de dos bolas? Este era el leit-motiv de todas las cofradías, incluso democráticas. ¡Qué alivio pues cuando los sofismas bergsonianos, que iban a terminar en la más incierta teología, vinieron al socorro del idealismo desfalleciente! (a propósito de Bergson, véase los análisis que Politzer ha realizado de su noción de "concreto" en *La fin d'une parade philosophique, le bergsonisme*, publicado en 1930 bajo el pseudónimo de F.Arouet). Entonces se ha desencadenado con entusiasmo la persecución del mecanicismo,

del materialismo, y se ha enmarañado el problema porque sí. Pero lo que sorprende, una vez más, es ver ciertos marxistas formar parte de este movimiento, gracias al recurso indirecto de la dialéctica, que no tiene nada que ver con el asunto. (obra citada, pp. 194-195)

¿Y qué se ha explicado una vez que se ha afirmado que se trata de un hecho psíquico? No demasiado, o, más bien, nada en absoluto. Se ha simplemente constatado que, de momento, nuestras experimentaciones no nos ha permitido identificar las formas causales (...) que actúan sobre el fenómeno en cuestión, y que satisfacemos nuestra necesidad de explicación inmediata con una palabra, nada más que una palabra, (obra citada, p. 197)

(...) el determinismo puede revestir nuevas formas dialécticas, mucho más complejas aún que las que podemos suponer hoy en día. A partir de este método, del cual Watson ha mostrado las primeras aplicaciones sistemáticas, se llegará a explicar una esfera creciente de la conducta viviente (incluyendo la conducta más inteligente posible, es decir, la función de "pensar abstractamente"). Sin recurrir a ninguna noción de tipo psiquismo o conciencia. Por su propio progreso, la ciencia psicológica sobrepasará así los viejos problemas metafísicos de la relación entre el cuerpo y el alma, heredado de la teología, que estorban a menudo las investigaciones o que, cuando no logran impedir las, las coronan con conclusiones puramente abstractas, sin alcance alguno, (obra citada, p. 201)

La conducta -a saber, la estructura de lo que el organismo hace y dice, así como sus modos de reacción- interpretada a todos los niveles de actividad y en todas las relaciones del organismo con su entorno, *puede* explicar todo lo que se acostumbra aplicar al pretendido psiquismo. El problema de la conciencia no existe porque no existen dos sustancias en el ser vivo. En cambio, existen infinitos problemas de conducta que son el objeto de la psicología y cuyo examen sistemático apenas comienza a ser abordado. Esta posición aparentemente radical es sin embargo la simplicidad personificada, y un día la gente descubrirá con asombro las resistencias que suscita. Pero, ¿no hubo también una época en la que negar el alma de los astros era considerado impío? Corresponde pues en definitiva a la psicología objetiva, de la que Watson ha sido en nuestro tiempo uno de los pioneros, trabajar sin preocuparse de ofrecer explicaciones totales y definitivas, qué no está en su mano aportar, ni más ni menos que cualquier otra ciencia, (obra citada, p. 204)

El lector se habrá dado cuenta de que el texto no ha envejecido demasiado y que sigue, desgraciadamente, siendo válido hoy en día.

Referente al psicoanálisis, la posición de Naville es vecina de la de Politzer:

En cuanto a los psicoanalistas, se han librado a extrañas extrapolaciones. Un cierto número de ellos considera la voluntad revolucionaria del proletariado como una neurosis cuya raíz es la fijación inconsciente de las tendencias infantiles dirigidas contra el Padre. Para ellos, el "complejo de Edipo" se halla en la base de toda energía revolucionaria, (obra citada, p. 110)

Por si alguien se siente tentado de pensar que en nuestros días nadie se atrevería a sostener, por psicoanalista que fuese, tal tipo de razonamiento, permítasenos señalar que hemos leído varias veces, bajo plumas distintas, esta misma explicación -la revuelta contra el Padre- para explicar el movimiento revolucionario estudiantil francés del mayo de 1968. Pero volvamos a Naville:

(...) el psicoanálisis no puede ser reconocido como una disciplina materialista. (...) En lugar de ser un principio de explicación científica, el inconsciente es, para Freud, una "llave" cómoda, una X algebraica. El inconsciente se postula antes de ser demostrado, y como es un postulado que no resiste el análisis, nada garantiza su necesidad. En fin, por más que el psicoanálisis injerte la vida inconsciente en los instintos, éstos, que son pulsiones concretas en sus efectos, se transforman a su vez en entidades dotadas, como los personajes, de encanto, de un "carácter" propio que busca solamente poder expresarse. La consideración de las pulsiones instintivas parece reintroducir el materialismo en su teoría, pero lo hace de una manera limitada y unilateral. El determinismo de los instintos se ve brutalmente opuesto al del entorno, de manera que el individuo no es más que una "voluntad", más o menos poderosos, que forcejea contra un entorno hostil. Se trata de un determinismo, en efecto, pero abstracto y sin apertura, puesto que preforma todo el adulto en el niño y casi en el bebé, y somete eternamente la evolución de la familia a las maledicciones de los complejos

que no son, en realidad, más que la imagen de las relaciones matrimoniales que impone la sociedad capitalista fundada sobre la explotación del hombre por el hombre. (obra citada, pp. 121-122)

A lo largo de las citas que preceden, la posición de Naville se perfila de una manera que, a nuestro entender, no podía ser más explícita: el conductismo de Watson corresponde a la aplicación del materialismo dialéctico al campo de la psicología, y hubiese sido saludado calurosamente por Marx y Engels si hubiesen sido sus contemporáneos. ¡Qué lástima que los marxistas no se hayan dado cuenta de ello!

Antes de proseguir, un pequeño inciso. El lector habrá notado que Naville sólo habla de Watson, y nunca de Skinner. Evidentemente, las mismas palabras que Naville dedica a Marx y Engels respecto a los límites por le época histórica en que vivieron podrían aplicarse a su propio caso. Ciertamente, Naville es, como hemos visto, estrictamente contemporáneo de Skinner, y, como él, vive aún en 1984; pero dejó de escribir al respecto en los años cuarenta, y, en aquél entonces, la obra de Skinner no había aún llegado a Francia, ni siquiera como objeto de crítica despiadada. El excelente y exhaustivo libro sobre el conductismo del filósofo Tilquin (1943) tampoco menciona a Skinner.

Cuando, en 1977 más o menos, prestamos a Naville nuestra "colección completa" de la obra de Skinner (en castellano, evidentemente, -Naville maneja bastante bien esta lengua-) nos comentó al retomárnosla que no había encontrado en ella nada que contradijera esencialmente a Watson, sino que, al contrario, lo había completado y desarrollado. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un hombre que "sólo" con el mecanicismo del reflejo condicionado pavlov-watsoniano ya se atrevía a presentar el conductismo como la sola psicología heredera del materialismo del siglo XVIII y, sobre todo, como la única compatible con el materialismo dialéctico de Marx y Engels? Evidentemente, la introducción del paradigma operante no podía más que facilitarle la tarea. ..

Pero dejemos aquí nuestro entusiasmo.

Ciertamente, la psicología francesa, al cabo de una larga evolución comenzada con Descartes y cuyos avalares hemos intentado retratar suscitadamente, había llegado a producir un autor como Ierre Naville. Pero de nada había de servir. De hecho, Naville es el *único conductista de la historia de este país*, y mucho nos gustaría que alguien nos desmintiera. Si, ya sabemos que Parot-Locatelli (1978), en una nota a pie de página, afirma:

Es sobre estas posiciones [materialistas] que el conductismo se ha ganado las simpatías de numerosos psicólogos que se proclaman marxistas.

Pero, en realidad, no conocemos ningún otro autor que se proclame o que pueda ser considerado conductista (ya sea marxista o no), y nos gustaría muchísimo que Parot-Locatelli nos presentase algunos de esos "numerosos psicólogos" de los que habla.

¿Por qué razones la obra de Naville no ha tenido ningún impacto? ¿Por qué razones la psicología francesa ha continuado funcionando como si Naville no hubiese existido?

No creemos que exista una respuesta única a estas interrogaciones, sino un cierto número de factores que, cada uno por sí solo, más la combinación de varios de ellos, permiten explicar este estado de hecho.

En primer lugar, parece evidente que en un clima ideológico como el de la sociedad francesa (clima que hemos intentado exponer en la primera parte de este trabajo) es muy poco probable que el discurso de Naville pueda enraizar o, simplemente, encontrar el más mínimo eco. Como dice la sabiduría popular, no hay peor sordo que el que no quiere escuchar. Diremos pues que el entorno social francés no se presta a la adopción de las posiciones conductistas.

En segundo lugar, hay que reconocer que, independientemente del punto precedente, Naville no ha tenido ningún impacto en el mundo de la psicología porque nunca ha pertenecido realmente a este mundo. A parte sus escritos sobre el tema (relativamente pocos con respecto al resto de su producción, y, por ende inencontrables algunos de ellos desde hace muchos años) Naville no ha pisado nunca -o casi nunca- los círculos donde "se hace" la psicología: universidad, laboratorios de investigación, etc. Si no fuese por su libro de divulgación de la obra de Watson (libro que ciertos profesores recomiendan aún a sus alumnos, pero justo a título de "cultura histórica", como podría aconsejarse a un estudiante de medicina la lectura de algún tratado de Hipócrates) nadie conocería el Naville psicólogo. Así y todo, creemos que muy poca gente citaría a Naville entre los psicólogos franceses. Ciertamente, el hecho de haberse ocupado de tantas problemáticas distintas ha facilitado esta disimulación de su carácter de psicólogo. También es cierto que su obra al respecto, exclusivamente teórica, puede pasar por la obra de un filósofo.

En tercer lugar, hay que señalar que, a pesar de sus múltiples facetas, Naville no es un personaje

conocido del público en general; y en los círculos donde su nombre evoca algo, se le conoce únicamente bajo una de sus facetas. Así, algunos conocen un sociólogo llamado Naville, otros un filósofo del mismo nombre, otros aún un militante político que responde al nombre de Pierre Naville, mientras que, para ciertas personas, Naville evoca el joven surrealista de los años veinte. Una tal fragmentación del personaje no puede en absoluto facilitar su impacto en el terreno de la psicología, que es, por añadidura, en el que menos se le conoce. Y cuando un autor cita este "ingrediente" de la personalidad de Naville, es, evidentemente, para ridiculizarlo, diciendo de él que su conversión al conductismo es como una vocación por las órdenes religiosas después de un desengaño sentimental. Permítasenos citar aquí algunos pasajes (como el que contiene la alusión que acabamos de transcribir) de la recensión publicada (después de muchas resistencias, según confesó su propio autor a Naville) por la revista *Le Nouvel Observateur* (revista que se ha ilustrado por sus ataques al conductismo y que representa perfectamente a la "inteligencia" parisina de izquierdas) de su obra retrospectiva sobre la época del surrealismo:

Naville entra en la ciencia como otros entran en las ordenas religiosas después de su desengaño amoroso y se orienta hacia la psicología (conductista)...

(...) Naville es un ser de múltiples facetas, de múltiples posibilidades, de múltiples vías, pero estas facetas, estas vidas, no se encuentran aparentemente conectadas entre ellas. Es más, son cuidadosa y sistemáticamente compartimentadas. . .

(...) Naville, cuando dejó la *Revolución surrealista* puso su persona a la sombra: a la sombra de la revolución, a la sombra de Trotsky, a la la sombra de la ciencia "objetiva". Este personaje legendario es hoy casi desconocido. Menosprecia y rehuye los medios de comunicación, vive con una inmensa serenidad, sin vanidad alguna pero, evidentemente, con un gran orgullo. Alguna cosa en él intenta borrar lo "subjetivo", quiero decir el carácter singular y contingente propio a todo sujeto. ¿No es esto lo que le empujó hacia la psicología "objetiva" de la conducta cuya originalidad (y cuya carencia) es el borrar la noción misma de sujeto? (Morin, 1977; p. 75).

El lector habrá notado el uso irónico de las comillas que acompañan el vocablo "objetiva" para calificar la ciencia o la psicología...

Pero el texto que acabamos de citar corrobora nuestras afirmaciones en cuanto al carácter polifacético de Naville (que él integra perfectamente, pero que el público tiende a compartimentar) así como nuestra afirmación de que un personaje actualmente casi desconocido; difícil sería, en estas condiciones, ejercer una influencia en el mundo de la psicología francesa.

Así pues, el único conductista francés de todos los tiempos, hombre profundamente comprometido en el combate de las fuerzas de izquierda, filósofo materialista, intelectual excepcional, morirá dejando una obra tan rica como ignorada.

Lo curioso del caso es que los psicólogos franceses, quienes, como lo hemos ya señalado, aprovechan todas las oportunidades para hablar del conductismo como de una etapa ya superada definitivamente¹² sin jamás haberla abordado, serían incapaces de citar un sólo psicólogo francés realmente conductista, puesto que desconocen olímpicamente el único del que disponen.

En Francia pues, los conductistas "no pasarán":

Al abrigo de nuestras altas murallas conceptuales (...) el psicoanálisis-rey nos protege (...) de la negra estulticia conductista: no hay más que los universitarios texanos para confundir los poetas y los palomos. (Querzola, 1975; p. 86)

De todas formas, cualquier intelectual que se precie sabe perfectamente que el conductismo no es más que la ideología y la tecnología de la burguesía imperialista yanqui. Como lo expone el autor de una reseña de *Más allá de la libertad y la dignidad* (Skinner, 1971):

¹² Belanger (1978) en un excelente artículo [publicado recientemente por las Prensas de la Universidad de Oviedo y que puede ser consultado en las páginas Web de ConTextos, cuya lectura recomendamos insistentemente –precisión aportada en febrero 2003-] titulado "Imágenes y realidades del conductismo" señala que "la muerte del conductismo" ha sido proclamada oficialmente como mínimo un par de veces: "la primer en los años treinta (...) en el mismo momento en que la segunda generación de conductistas americanos (Hull, Tolman, Skinner) empezaba a producir. La segunda nota necrológica, mucho mas reciente (...) era formulada en el momento en que el conductitmo tomaba una posición importante en psicología de la personalidad, psicopatología y terapia". (Belanger, 1978; p. 10, nota)

La tecnología de la conducta pretende responder a una *demanda* en la que se confunden la necesidad de apartar las amenazas de catástrofes mundiales y los imperativos de supervivencia de nuestra cultura. Es muy natural que los americanos de 1971 perciban lo que amenaza a la humanidad como idéntico a las dificultades de transmisión de su propia cultura. (Recordemos que (...) en los Estados Unidos de 1971, la importancia de la deserción y de la emigración hacia el Canadá es uno de los factores que hacen imposible el mantenimiento del cuerpo expedicionario americano en el Vietnam y que conduce a Johnson a no volver a presentarse a las elecciones). (Querzola, 1975; p. 93)¹³

Frente a tal estulticia (para retomar el término usado por el propio autor) y con una gran rabia e impotencia que hierven en nuestro "fuero interno" (?) -el lector se habrá dado suficientemente cuenta de ello al largo de estas páginas que tocan a su fin- no podemos más que citar, a modo de conclusión una nota a pie de página de Ribes Iñesta (1982):

Comentario aparte merecen aquellos "lissenkianos" de la psicología y la ciencia social, que confunden la determinación y existencia material de la ideología con las formulaciones economicistas, historicistas e incluso igeográficas! del problema de la determinación de la "subjetividad" del ser humano. Para estos profetas del nuevo dogma, el conductismo no da otro horizonte conceptual más que el de ser un producto ideológico del pragmatismo filosófico del imperialismo norteamericano. ¡Marx se apiade de ellos! (Ribes Iñesta, 1982. p. 44, nota).

REFERENCIAS

- Barbieri-Hennitte, G. (1982). Georges Politzer e il tentativo di una psicologia concreta. *Tesis no publicada*, Università degli studi di Roma, Roma.
- Bayés, R. (1978). Estimulación precoz en subnormales. *Investigación y Ciencia*, 27, 40.
- Belanger, J. (1978). Images et réalités du behaviorisme, *Philosophiques*, 5, 3-110.
- Bensaid, N. (1976): Des cerveaux qui marchent au pas. *Le Nouvel Observateur*, 599, 62 y 71.
- Battlheim, B. (1976). *Psychanalyse des contes de fée*. Laffont, París.
- Bonnafé; Follin; Kestemberg, J.; Kcstemberg, E; Levovici, S.: Le Guillard, L.: Monnerot et Shentoub, S. (1949) La psychanalyse, idéologie réactionnaire. *La Nouvelle Critique*, 57-72, junio.
- Bonnot, G. (1979). Les hommes-rats de B.F. Skinner. *Le Nouvel Observateur*, 773, 52-53.
- Castel, R. (1973). *Le psychanalisme*. Maspero, París.
- Cazayus, P. Le temps des scientifiques. in Chateau, J.; Gratiot-Alpandery, H.; Doron, R. et Cazayus, P. (1977). *Les grandes psychologies modernes*. Mardaga, Bruxelles.
- Colombani, C. (1979). Les traitements de choc du Dr. Skinner. *Le Monde Dimanche*. IV-V, 21 de octubre.
- Chateau, J. (1977). Le temps des philosophes. in Chateau, J.; Gratiot-Alpandery, H.; Doron, R. et Cazayus, P. *Les grandes psychologies modernes*. Mardaga, Bruxelles.
- Chauvin, R. (1981). *Des savants, pourquoi faire?* Payot, París.
- Clement, C.B.; Bruno, P. et Sève, L. (1977). *Pour une critique marxiste de la théorie psychanalytique*. Eds. Sociales, París.
- Denis, M. (1979). *Les images mentales*. Presses Universitaires de France, París.
- Dolto, F. (1977). *L'évangile au risque de la psychanalyse*. Seuil, París.
- Dorna, A. y Méndez, H. (1979). *Ideología y conductismo*. Fontanella, Barcelona.
- Fraisse, P. L'évolution de la psychologie expérimentale. in Fraisse, P. et Piaget, J. (eds): *Traité de psychologie expérimentale*. T. I: Histoire et méthode. Presses Universitaires de France, París (4a. ed., 1976).
- Fraisse, P. (1970). French origin of the psychology of behavior: the contributions of Henri Piéron. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 16. 11-119.

¹³ Señalamos al lector que, según figura en un recuadro al lado del texto, el autor de esta recensión posee "estudios de matemáticas y de economía" y es "investigador en el sector público" (Querzola, 1975; p. 86), títulos todos ellos que le califican altamente para discutir de conductismo (!!!)

- Fraisse, P. (1978). Psychologie; science de l'homme ou science du comportement. *XXI^e Congrès International de Psychologie*, Paris, 18-25 de julio. Publicado por Presses Universitaires de France, Paris 1978 (pp. 49-61).
- Fraisse, P. et Piaget, J. (1963). *Traité de psychologie expérimentale*. Presses Universitaires de France, Paris.
- Freixa i Baqué, E. (1981). Une mise au point de quelques concepts et termes employés dans le domaine du conditionnement opérant. *L'Année Psychologique*, 81, 123-129.
- Freixa i Baqué, E.; Bayés, R.; Bredart, S.; Granger, L. et Varela, J. (1982). Étude comparative de l'image de la psychologie chez les étudiants en psychologie belges, espagnols, français, mexicains et québécois. *International Journal of Psychology*, 17, 475-499.
- Guaquelin, M. et Guaquini, F. (1974). *20 tests pour se connaître*. Marabout, Paris (reedición de 1978).
- Habermas, J. (1973). *Technik und wissenschaft als ideologie*. Subkamp Verlag, Frankfurt am Main 1968. Trad. francesa: *La technique et la science comme ideologie*. Denoël-Gontier, Paris.
- Jaubert, A. et Levy-Leblond, J.M. (1975), *(auto) critique de la science*. Seuil, Paris.
- Laurendon, J.J. (1965). *Psychanalyse des banques*. Sedimo, Paris.
- Laurent, E. (1982). Maurice Reuchlin et le mystère des différences individuelles. *Le Monde Dimanche*, X, 6 de junio.
- Lefebvre, H. (1957). Georges Politzer et la psychanalyse. *La Raison*, 18, 3-6.
- Le Ny, J.F. (1979). *La sémantique psychologique*. Presses Universitaires de France. Paris.
- Littman, R.A. (1971). Henri Piéron and french psychology: a comment on professor Fraisse's note. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17, 261-268.
- Morin, E. (1977). Pour saluer Naville. *Le Nouvel Observateur*, 65774-45.
- Moscovici, S. (1973). Sommes-nous des rats? *Le Nouvel Observateur*, 430, 64-64.
- Naville, P. (1942). *La psychologie du comportement*. Gallimard, Paris (ed. 1963).
- Naville, P. (1943). *D'Holbach et la philosophie scientifique au XVII^e siècle*. Gallimard, Paris, (ed. 1967).
- Naville, P. (1946). *Psychologie. Marxisme, Matérialisme*. Marcel Rivière, Paris. Trad. castellana: *Psicología, Marxismo, Materialismo*. Trillas, México.
- Naville, P. (1946). Itinéraire de Georges Politzer. in Naville, P.: *Psychologie. Marxisme, Matérialisme*. Marcel Rivière, Paris. (2a. ed., 1948).
- Naville, P. (1942). Extrait de la préface à l'édition italienne (1957) de *Psychologie, Marxisme, Matérialisme* (1946), publicado en anexo de *La psychologie du comportement*, Gallimard, Paris 1942 (ed. 1963).
- Naville, P. (1963). Préface à la réédition de *La psychologie du comportement* (1942). Gallimard, Paris.
- Naville, P. (1965). Préface a la nouvelle édition de *D'Holbach et la philosophie scientifique au XVII^e siècle* (1943). Gallimard, Paris.
- Parot-Locatelli, F. (1978). Reflexions critiques sur la thérapie comportementale. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 19, 67-76.
- Parot-Locatelli, F. (1979). Thérapies Comportementales. *Encyclopaedia Universalis*, Vol. D (pp. 383-386).
- Piéron, H. (1958). *De l'actinie à l'homme*. Presses Universitaires de France, Paris.
- Politzer, G. (1925). Le mythe de l'antipsychanalyse. *Philosophies*, 5/6, Republicado en Politzer, (1969).
- Politzer, G. (1928). *Critique des fondements de la psychologie*. Presses Universitaires de France, Paris (reedición de 1968).
- Politzer, G. (1933). Psychanalyse et marxisme: un faux contre-revolutionnaire: le freudo-marxisme, *Commune*, 3. (Republicado en Politzer, 1969).
- Politzer, G. (1969). *Ecrits 2. Les fondements de la psychologie*. Textos reunidos por J. Debouzy. Ed. Sociales, Paris, (reedición de 1973).
- Politzer, G. (1939). La fin de la psychanalyse. *La Pensée*, 3, Republicado en Politzer, 1969).
- Querzola, J. (1975/76). Le triste savoir ou le manifesté behavioriste. in: Guérir pour nonnaliser. *Autrement*, 4, 87-94.
- Reuchlin, M. (1957). *Histoire de la psychologie*. Presses Universitaires de France, Paris, (4a. ed., 1974).
- Ribes-Iñesta, E. (1982). *El conductismo: reflexiones críticas*. Fontanella, Barcelona.
- Richelle, M. (1977). *B. F. Skinner ou le péril behavioriste*. Mardaga, Bruxelles.
- Richelle, M. (1980). L'approche behavioriste. in Richelle, M. et Serón, X. (Eds.): *L'explication en psychologie*. Presses Universitaires de France, Paris.
- Skinner, B.F. (1948). *Walden two*. McMillan, New York.
- Skinner, B.F. (1953). *Science and human behavior*. McMillan, New York.
- Skinner, B.F. (1968). *The technology of teaching*. Appleton-Century-Crofts, New York.
- Skinner, B.F. (1969). *Contingencies of reinforcement: a theoretical analysis*. Appleton-Century-Crofts, New York.
- Skinner, B.F. (1971). *Beyond freedom and dignity*. Alfred A. Knopf, New York.

- Skinner,B.F. (1974). *About behaviorism*. Alfred A. Knopf, New York.
- Thuillier,P. (1979). Science, antiscience, aristoscience. *La Recherche*, 106, 1280-1284.
- Thuillier,P. (1981). Contre le scientisme. Postface de: *Le petit savant illustré*, Seuil, París.
- Tilquin,A. (1962). *Le behaviorisme*. Vrin, París.
- Van Rillaer.J. (1980). *Les illusions de la psychanalyse*. Mardaga, Bruxelles.
- Wallon,H. (1942). *De l'acte à la pensée*. Flammarion, París 1942 (reedición de 1970)
- Wallon,H. (1959). Du behaviorisme à la psychologie de la motivation. *La Pensée*, 86. 3-6.
- Watson.J.B. (1913). Psychology as the behaviorist views it *Psychological Review*, 20, 158-177.
- Zazzo,R. (1975). *Psychologie et marxisme*. Donoël/Gontihier, París.

Villeneuve d'Ascq, curso académico 1983/84